LOS TRABAJOS DE LAS MUJERES ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD 1920 - 1982

Campesina • Costurera • Obrera de la costura • Empleada doméstica • Cocinera de fundo • Temporera

983

5

BIBLIOTECA NACIONAL
0195399

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Macarena Mack • Paulina Matta • Ximena Valdés
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
Sección Sueh
Clasificación 11A (18-3)
Cutter .....
Año Ed. 1986 Copia 1
Registro Seaco 61624
Registro Notis. AAB3345

111 A (18-3)

© Inscripción Nº 64.634
Ediciones CEM

Diagramación: Juan C. Ramírez

Foto Portada: Verónica Riquèlme

Impreso por: Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.

Abril 1986

LOS TRABAJOS DE LAS MUJERES ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD 1920 - 1982

Campesina • Costurera • Obrera de la costura • Empleada doméstica • Cocinera de fundo • Temporera

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Macarena Mack • Paulina Matta • Ximena Valdés

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

buch
331.40983
M 153e
1986
61624
AAB 3345

PRESENTACION

A lo largo de estos años de trabajo con mujeres que viven en el campo y laboran en faenas agrícolas y agroindustrias, nos ha llamado la atención escuchar que sí, que ahora las mujeres han comenzado a trabajar porque la fruticultura de exportación requiere de la fuerza de trabajo femenina.

Nunca termina uno de asombrarse de lo que los otros dicen acerca del trabajo de las mujeres, y por estas razones, en la perspectiva de recuperar la historia de las mujeres, hemos elegido estas cuatro historias de vida de mujeres de una misma familia: Mercedes Cabrera y tres de sus hijas, las hermanas Castro.

Si la sociedad en su conjunto tiene una particular forma de concebir el trabajo, negando todo lo que hacen las mujeres en sus casas, es problema de la so-

ciedad. Pero ésto afecta a las mujeres, porque las niega como personas que contribuyen a generar la fuerza de trabajo, a alimentarla, en fin, a reproducirla. El aporte que hacen las mujeres en trabajo es mayor que el que hacen los hombres, porque tienen que dedicarse todo el día y todos los días a hacer lo que los hombres, por lo corriente no hacen. En el campo como la ciudad, las camas, los planchados, las comidas, el cuidado de los niños y tanta cosa que queda oculta tras la función de dueña de casa.

Son actos repetidos y rutinarios, los que encierran el trabajo doméstico de las mujeres en sus casas. Se repiten día a día, se consumen, de deshacen. Cada mañana estirar las camas y por las noches al dormir ya están desarmadas. Al otro día, todo vuelve a reempezar y esto, repetido desde niñas hasta viejas. ¿Cuántas veces, cuántas horas? La comida, día tras día se hace y se acaba al ser consumida; la ropa se lava y se ensucia. Todo lo que hace la mujer en la casa parece ser realizado para que se acabe, se ensucie, se vuelva a tener que hacer.

Y la historia se repite generación tras generación porque, desde niñas, las mujeres repiten los gestos de sus madres. En este sentido, la historia de la mujer es siempre la misma; lo que ha cambiado a través de los años no ha sido lo que se hace ya que abuelas, madres e hijas, han hecho lo mismo. Lo que ha cambiado ha sido la forma de hacerlo: de lavar en el río a lavar en la artesa y, a veces, ahora último, en lavadora.

Desde este punto de vista, interrogando estas his-

torias individuales de mujeres, veremos cómo generación tras generación, las mujeres heredan de sus madres estos roles domésticos. Pero además podremos conocer la carga de trabajo doméstico de las mujeres del campo, que además tienen muchas tareas ligadas a la producción: huerto, criar gallinas, cabras, hilar, hacer loza, tejer, y tanto más.

Las tareas productivas han cambiado con el correr de los años y en reemplazo, las mujeres han debido trabajar por un salario, siempre en forma inestable, en el campo y la ciudad. Más aún ahora cuando el mercado de trabajo agrícola se ha feminizado.

Mercedes Cabrera nace en 1920 en una pequeña propiedad de la familia de su madre. Hasta los 12 años, es decir, hasta 1932, ve a su madre y a sus tías hacer loza, hilar, tejer, cuidar cabras, y así ella también aprende a hacer lo que las mujeres mayores hacían.

Al vender la pequeña propiedad, madre e hija se van a un fundo para conseguir un empleo. De cocinera, la madre; de ayudante la hija algún tiempo. Porque las tenían cautivas, Mercedes sale a escondidas a buscar un nuevo empleo. Encuentra trabajo como su madre, de cocinera, lavandera y para hacer de todo: 16 años viven en un fundo, ella haciendo la comida a los trabajadores, lavando, planchando.

Mercedes se casa en 1945 y sigue trabajando un tiempo en el mismo fundo. Comienzan a nacer los hijos: primero María y luego sus 10 hermanas y hermanos.

Mercedes, según donde se encuentre tiene distintas formas de trabajar: cuando su marido es inquilino y cuenta con tierras cría cabras y gallinas, hace alfajores, pan, rellena camas, hila, tiene medias en animales.

Por la década de los sesenta, mayor de 40 años, tiene algo menos que hacer en el fundo Santa Julia. Sus hijas mujeres han crecido y ha habido tiempo para que las niñas releven y ayuden a su madre en el trabajo de la casa.

La historia de Mercedes vuelve a repetirse en parte, en su hija Elsa, nacida en 1953. Porque Elsa vive en el fundo Santa Julia hasta ahora y cuenta con algo de tierra. Pero la madre tenía más animales, más lana para hilar y la hija trabaja en verano, como sus hermanas, en las temporadas. Lo hace desde los 13 años desde 1966 junto a María la mayor, en la viña Las Acacias: la cosecha de ají, zanahorias, porotos, vendimias, guindas y manzanas.

María nace en 1945, comienza a los 18 años a trabajar como empleada doméstica en Santiago. Vuelve al campo y hace lo mismo en Curicó, por tiempos cortos porque no se acostumbra. Trabaja en viñas, en la cosecha de porotos, zanahorias, papas, arvejas y ahora último, en frutales y packing.

María vive entre el campo y la ciudad, entre un conventillo de la calle Independencia con su marido en los otoños e inviernos, y la casa de sus padres en Sarmiento, en primavera y verano. Allí trabaja de tempo-

rera; en la ciudad, de empleada, de obrera de un taller de costura, de vendedora.

Trabajos de verano y primavera, trabajos de otoños e inviernos. Vida de traslados desde Santiago a Curicó. En Sarmiento, un padre jubilado que vive junto a su madre en un sitio de villorrio; en Santiago, un marido cesante: María trabaja y Ana su hermana, como ella.

Ana Castro, nació en 1958. Pudo estudiar más que sus hermanas María y Elsa, porque los ingresos de la familia mejoraron en tiempos de Asentamiento, cuando el fundo Santa Julia fue expropiado y manejado por los trabajadores. El fundo fue devuelto al patrón.

Ana, es también temporera: vive con sus padres en Sarmiento y se va a Santiago con María, una vez que se acaba el trabajo en el campo.

Curicó es territorio de la guinda y de la manzana; también de los parronales, de las hortalizas. Hay packings y agroindustrias y allí, como en las cosechas, trabajan las mujeres por un salario "a trato" o, "al día", sin previsión ni estabilidad laboral.

Alrededor de 90.000 mujeres en la zona central trabajan como temporeras. Las mujeres de la familia de María Cabrera, son entre tantas, una de ellas. Y así, conversaron en febrero de 1982, de su vida y su trabajo.

Macarena Mack hizo las entrevistas y se enganchó también como temporera; Paulina Matta ordenó la

conversación y Ximena Valdés entregó algunas ideas para su ordenamiento.

Estas historias de vida de las mujeres de una familia, han sido pensadas como material de discusión para la Escuela de Mujeres, instancia de formación concebida por nosotras para apoyar la organización y el movimiento de mujeres de nuestro país.

Ximena Valdés S.
Proyecto
Mujeres Campesinas y Asalariadas
Agrícolas

Centro de Estudios de la Mujer

Santiago, Chile. Abril de 1986.

MERCEDES CABRERA
(1920)

Nací en El Parrón. Eso queda lejos; no es pueblo, es puro campo no más; cerros, para la costa, más allá de Trincahue. No tengo ni idea de mi edad. A ver... tengo 62 años, entonces nací en 1920.

La finada de mi mamá tenía tierra propia y ya después mi tía vendió, vendieron las hermanas y le hicieron vender a ella. Tenía como quince cuadras, pero de cerro, de rulo. Tenían animales, cabras, criaban ovejas. Yo no estaba todavía; es lo que me contaban.

Cuando se murieron los papás de mi mamá, quedaron tres mujeres: mi mamá, mi tía Rita y mi tía Martina, y un hermano menor, Rudecindo. La mayor, mi tía Rita, era la que gobernaba al hermano. Después ella se aburrió, dijo que era mucho peso tener la casa y estar a cargo de los pagos, y le dijo a mi mamá y a mi tía Martina que vendieran. Primero le compró su parte al hermano con una plata que le prestó mi mamá, porque a él le gustaba harto el trago y se iba a tomar todo. Jamás se la devolvieron, así es que esa parte era de mi mamá. Después mi tía agarró la exigencia de vender todo. Vino donde mi mamá y le dijo: "Vendamos, Florinda".

– No –le dijo ella–, no vendo lo mío. Vendan ustedes, lo mío no lo vendo, porque después voy a quedar andando por ahí, para arriba y para abajo.

No la hicieron convenir esa vez, a la otra tampoco. A la tercera, tanto allá y acá la embelecaron, les dijo ella: "Bueno, pero sé que voy a quedar por ahí, para arriba y para abajo, sin tener adónde ir".

Entonces la trajeron a Curicó para que firmara. Ella vendió y puso su platita en el Banco. Pero ese hermano que tenía se llevaba a la siga de ella, "que vamos, Florinda, a Curicó...". La hacían lesa; si hubiera estado grande yo, no la habría dejado, la habría defendido. Venía el hermano con ella a Curicó, la hacía sacar plata, hasta que la dejó sin nada. Toda se la insurpó el hermano.

Yo sufrí mucho cuando estaba chica con ella. Ella trabajaba, salía por ahí para la cordillera y tostaba trigo en callana; no un almud ni dos, sacos de trigo tostaba, y le pagaban una miseria. Era de los ricos ese trigo, no ve que cuando van a la cordillera con los piños tienen que llevar sus dos quintales de harina –costales, que llamaban– para la gente. Y ella pasaba su vida trabajando aquí y allá, para poder mantenerse ella y yo. Fui la única hija.

Mi papá era propietario también. A mí me dejó la mitad de todo, pero él tenía una hermana, Corina se llamaba, que le gustaba tanto el trago, que se tomó todo lo que me dejaron a mí y siguió tomando lo de ella. Incluso hasta las planchas de zingue le estaba sacando a la casa para tomar.

Yo tenía cuarenta días cuando murió mi papá. Mi mamá no quedó con esa tierra porque, le voy a ser franca, no era capacitada para eso. La hacían lesa, porque no sabía hacer sus cosas como es debido.

Después ya fui creciendo, ya estaba grande, tenía 12 años. Estábamos en un rico que es muerto ahora, Jovino Leighton se llamaba; ¡muy malo!; rico de más, pero muy

malo con los pobres. Ahí se fue mi mamá. Le hacía la comida a los trabajadores, y el destino que me daba a mí era que le juntara los huevos. Tenía hartas gallinas. Ese caballero nos manejaba casi muertas de hambre; no nos daba azúcar para el desayuno, nada.

Vivíamos en la misma casa patronal, yo desnuda casi, con la pura ropita bien pobre. Nos tenían como cautivas, no nos dejaban salir ni nada. Entonces, como yo tenía más inteligencia que ella, le dije: "Mamá, yo me voy a ir escondida. Me voy a ir donde mi tía, que ella me busque por allá donde trabajar. donde ganar la comida, más que sea el vestuario, y en seguida se va usted".

– Bueno –me dijo ella.

Entonces me fui yo, me fui donde mi tía, a Las Garzas, a pie.

– Viniste –me dijo mi tía.

– Sí, me vine, tía; quiero que me busque dónde trabajar –y le conté lo que me pasaba.

– Bueno –me dijo–. Mañana vamos a ir donde la señora Luisa, la patrona.

Allá le dijo que más no fuera por la comida y el vestuario, si me podía tomar.

– Que se quede para ayudar a hacer las cosas –dijo la señora. Y me quedé yo ahí.

Era un fundo, se llamaba el "Agua Buena". Fui aprendiendo a hacer los quehaceres, y me iba todas las tardes donde mi tía. Aprendí a conocer comidas, primero; después ya me fueron echando el peso del pan, el lavado... ¡Ahí trabajé mucho!

Al tiempo se vino mi mamá, le dieron una casita y yo me iba todas las tardes para allá. En el día hacía hasta tres almudes de pan, las galletas grandes; se hacía un canasto

papero, colmado de pan, día por medio. Mandaban a moler el trigo, se cernía la harina y se hacían las galletas. Quedaban ricas, no de harina flor, sino de harina de centeno. En la mañana hacía la comida como para quince trabajadores, una olla grande. En la mañana les daba un plato de comida y un pan, y en las noches les daba porotos. No me pagaban ni un veinte, nada.

Salí agotada. El día que no hacía pan, hacía el lavado. Tenían siete niñas ellos, puras mujeres, todas chicas, así que lavaba mucha ropa, sábanas, de todo. Lo tenía que hacer después de 12, porque en las mañanas tenía que hacer el almuerzo, lavar los platos, dejar limpio todo. Y en la tarde, la once, la merienda, dejar todos los trastos lavados para el otro día. Salía agotada en la noche; ahí me acostaba, pero a veces me tiraba arriba de la cama y ahí mismo amanecía. Al otro día me levantaba, oscuro me hablaba el caballero: "Mercedes, que ya es tarde para hacerle la comida a los trabajadores..."

Me levantaba como a las 6, trabajo y trabajo no más. Tenía, incluso, que carnearle, matar un cabro, descuerarlo y todo. Y sólo me daban la ropa y la comida, y la casita donde vivía mi mamá. Después ya no me dejaron irme para allá; tenía que alojarme ahí mismo en la casa. Como 16 años estuve ahí.

En el fundo tenían muchas mulas, porque llevaban las cosas en carga, las papas, el maíz, los porotos, todo eso que cosechaban ellos. En esos años no había camiones. Los cueros que yo sacaba los ocupaban en hacer aparejos para las mulas.

No me gustaba mucho Trincahue. La gente era muy pobre, muy mala; pasaban peleando, se mataba gente, robaban. Mala la gente, y pobre, muy pobre.

Yo no salía a ninguna parte. ¡Qué tiempo me iba a quedar! Trabajar era toda mi vida, y sin ganar nada. A misa sí me daban permiso que fuera, con una prima hermana que también trabajaba en esa casa, de niñera. Había misa todos los meses, y también íbamos a las misiones. Muy lindas, las misiones. Eran de ocho días y nos daban permiso todos los días, si queríamos, pero quedaba lejos, como de aquí a Curicó de a caballo. Yo era muy buena para el caballo. El finado don Ríos nos tenía una bestia para que fuéramos a misa, una bestia mulata grande, bonita, que nos podía cantando a las dos. De la cosa más linda, las misiones. Se hacía una ramada, ahí hacían comida, empanadas fritas, había cosas para vender... ¡Bonito! Venían dos o tres padres, en las tardes hacían pláticas, iba harta gente, toda la gente de por ahí se iba acercando. Iba la señora también. En ese tiempo no tocaban guitarra en las misas, como ahora. Unicamente cuando se moría un angelito, se juntaba harta gente y había personas que le cantaban a lo divino, con guitarra.

A los angelitos los ponían en una sillita con brazos, arribita de una mesa con hartas flores y sentaditos. Parece que estaba vivito el angelito. Atrás se le ponía unas alitas de lienzo, de ese blanquito, y para abajo un roponcito, alba se llamaba, hasta que tocara los piececitos, todo bien dibujadito, como bordado, con la misma tijera. ¡La cosa más linda! Era obligación de las madrinas darle el alba al ahijado si se moría. Yo tuve también un ahijado y se me murió y yo le di el alba. No sabía hacer los dibujitos, así es que conseguí con otra niña. Ella sabía hacer el ajuar —así se llamaba el alba.

Después el padrino llevaba al angelito, como eran chiquititos, así no más en un cajoncito, de a caballo al cemen-

terio. Cuando se moría un grande, lo traían en angarillas, porque entonces no iban vehículos para allá. El camino era muy malo, los cerros, sobre todo en invierno, a veces lloviendo; había que andar culebreando para allá y para acá en las piedras. Entre cuatro llevaban las angarillas, dos atrás y dos adelante; después otra cuadrilla de cuatro tenía que tomar el cuerpo, según lo que aguantaran, y así se iban, hasta llegar aquí a Rauco.

La gente de allá era muy tímida. Lo más habilosos les metían miedo a los más débiles, aunque eso de las ánimas en parte era cierto. Un tío mío contaba que una vez, cuando venía por una senda muy sola, viene y se le tira una señora al anca. El siguió caminando no más, siguió caminando, caminando, y ella no se apeaba. ¡Y diablos que iba lejos de la casa! Recién en unos litres que había cerca de la casa se le tiró abajo. Dice que después, a los pocos días, se le peló toda el anca al caballo.

Mi mamá era bien temerosa. Es que había bandidos antes. Yo tenía dos tías, viejitas las dos, solas y lejos vivían. Mi mamá las acompañaba a veces, y yo pasaba con cuidado cuando estaba lejos de ella. Y un día llegó un tío tempranito, cuando ya íbamos a sacar leche. Se sacaba leche de cabra en el verano. Viene mi tío y yo lo fui a encontrar.

—¿Qué pasa, tío? —le dije.

—Sabe —me dijo—, que anoche saltearon a la Martina y la Florinda.

—¿Las mataron? —le dije yo; qué otra cosa se me iba a ocurrir.

—No —me dijo—. No salieron para afuera. Les tiraron balas aterrorizándolas para que no salieran.

Esa casita donde estaban ellas era de pura piedra y barro, y ahí quedaron metidas unas tremendas balas. Pero no venían a ellas; ellas no tenían gran riqueza adentro; la riqueza que tenían eran sus animales afuera, cabras y ovejas. Les llevaron hartas. Mataron unas ocho, cargaron mulas con carne y se las llevaron.

Fueron salteadas dos veces. Eran valientes, le digo yo, las pobres viejas. ¡Por Dios, estaban a cargo de tantos animales! ¿Qué iban a hacer las pobres viejas, cuidando esos piños de cabras, tantas?

Vinieron otra noche, las hallaron en la cocina. Hacían fuego allá, usaban unos tachos que hacen sus dos litros de agua, los ponían a hervir bien arribita en la parrilla, y si no a la orilla del fuego. Creo que tenían hirviendo un tacho de agua cuando llegan y se paran en la puerta de la cocina, dos.

– ¡Alto! –les dicen, y mi tía llega y pesca el tacho de agua caliente y se los planta. Los quemaron y arrancaron a la piececita, y trancaron bien la puerta.

– ¡Matemos a esta vieja! –dijo uno.

–No –dijo el otro.

Bandido que salía por el lado de Trincahue, se iba para allá; como sabían que eran solas, se iban dispuestos a buscar carne para vender, porque animales gordos, cabras tenían.

Yo también tenía cabras ahí. Cuando me casé tenía 100 cabras. Las echaba a pastar a unos cerros muy grandes donde las tenían ellas, y las cabras eran mansas. A lo que era la tarde ya se rodeaban solas y se bajaban. Las tías tenían un corral grande y ahí las acorralaban, apartaban los cabros, sacaban leche y hacían unos quesos ¡tan ricos! Así lo pasaban las pobres viejas. Yo pasaba con el credo en la boca: "¿Qué será de ellas?".

En las casas de fundo no se atrevían a asaltar. Los patrones tenían armas, revólveres, escopetas, rifles, unos grandes. En el verano quedaban las mujeres solas. Tenían cabras muy grandes también, gallinas. Una vez vinieron en la noche a las gallinas. Había un estero seco y alojaban las gallinas ahí. ¡La gritadera que tenían!

—Vamos —le dije yo a una que era bien valiente, Andalicia se llamaba—. Vamos —le dije, porque andaba con linterna—. Están pillando las gallinas en el estero.

Fíjese que ésta pesca la escopeta, se ganó afirmada a la muralla y comienza a disparar balas. Arrancaron, pues. Ella tiraba balas, no tenía miedo, disparaba no más. Tiró para el corral de las cabras, estaba lleno de cabras, dos balazos más, y se fueron. Ya a lo que iban lejos, dijo el culpable: "¡No me tirís, mierda!". Otro balazo, se lo zumbó de atrás, se fueron. Le saltó munición. Andaban una mujer y dos hombres; después se supo, porque un médico que había allá contó que él les sacó las municiones.

A los 25 años me casé. Mi marido era de Tutuquén. Ellos también tenían una tierrecita ahí; él vendió la parte de él, porque eran varios herederos. Después hacía casas, era maestro. Así es que se fue a hacer casas a Agua Buena, las casas de los ricos, y ahí nos conocimos. Nos casamos y él dejó de hacer casas. El rico me dio una casita, siempre en lo de él, retirado; era muy buena, pero me querían por el puro interés del trabajo que yo les hacía. No me dieron nada cuando me casé, nada, en cambio de servirles tanto yo.

De ahí, mi marido se fue apatronado, quedó trabajando al día con el mismo rico. ¿Y sabe lo que ganaba? ¡Cincuenta pesos! No le alcanzaba para nada. Entonces yo criaba gallinas, tenía hartas aves, pavos, patos; con las puras ga-

llinas me mantenía yo con mis chiquillos. Como erámos pocos... Yo compraba todas las faltas de la casa con las gallinas y con las aves. El azúcar –entonces tomaba mate–, la grasa, el aceite... Así es que los cincuenta pesos de él no los miraba para nada.

Criaba chanchos también. Tenía dos o tres chanchos y los vendía. Yo tenía. No me faltaba nunca nada, con el favor de Dios. Con mi propio trabajo yo tenía. En Hualañé compraba fiado. Había un tocuyo tan bueno para sábanas antes, sábanas de hulianta. Pero nunca me encalillaba demasiado, tanteando que pudiera pagar. Iba pagando de a poco con las gallinas, ya vendía un chancho y las cabras que tenía.

Las cabras se vendieron, de a poco se fueron vendiendo, por ahí mal acabando, le diré. Hasta me robaron unas pocas. Le dejé a medias a una prima hermana, no respondió. No maté un cabro jamás, no recibí un cabro, no vi cabro. Se perdió todo, todo. Por eso, de entonces dije yo: "No doy nunca más cosas a medias; nunca, nunca". ¡Las medias se vuelven calcetas!

Después sufrí mucho. Anduvimos en varias partes. Estuvimos diez años en Majadilla, en un fundo. Después a él se le ocurrió venirse a Tutuquén. Nos vinimos, y al tiempo el mismo rico de allá vino a buscarnos a Tutuquén, a rogar que nos fuéramos. Nos fuimos otra vez, estuvimos como tres años más. Y nos vinimos a Tutuquén otra vez, dos años ahí.

En Majadilla tenían naranjales, limonares. Ahí yo trabajaba duramente. Les hacía el pan, las galletas. A la señora le tenía que ir a lavar a la misma casa, y a plancharle, hacerle la comida a los trabajadores. El amasado era un trabajo que yo les hacía y ellos me pagaban mensual, junto con

el sueldo de él. El pagaba obligación, y yo lo hacía para ganar un poquito más, para tener, mantener a mis hijos, porque era tan poco lo que ganaba él. También me daban ración, una galleta en la mañana y otra en la tarde, la ración de porotos, de trigo. Tostábamos y yo hacía la harina, en callana. En callana de lata se tuesta muy bien. La menean con un palito y ahí se va tostando. Y molía en la piedra; no teníamos molinillo.

Yo me levantaba siempre como a las 6 de la mañana, a darle desayuno a él y a todos los que se fueran al trabajo. Dejaba a los niños desayunando con mi mamá, que estaba con nosotros, y me iba a hacer las galletas a las casas. Después me venía a hacer el almuerzo acá, hacerles el almuerzo a los trabajadores; después a lavar, y el día que no hacía galletas me iba a lavar a la casa de la señora. Me desocupaba cuando estaba el sol dentro. Harta ropa, pues. Unos manteles de mesa de comedor tan largos como de aquí a la quincha esa. Ahí era donde me demoraba lavando, sobre todo para enjuagarlos a mano. Ahora hay tanta comodidad; hay lavadora, y entonces qué, todo a mano.

Yo trabajaba demasiado, le digo. Cuando llegaba a la casa, me acostaba tarde; remendaba en la noche con la vela ahí, porque no había comodidades de luz, nada. Cosía la ropa, veía a los chiquillos... Total, me acostaba tarde. Y cuando me sobraba tiempo, como ser los domingos, hacía empanadas y alfajores para vender. Hacía la barasca de los alfajores, como se llama en el campo, y el menjunje que se les pone adentro, con canela, distintos sabores, y los cocía en el mismo tarro en que cocía el pan.

Cuando estaba embarazada, igual trabajaba. Del Toño estuve bien enferma por estar acarreando unos baldes gran-

des para regar. Al Toño lo tuve en la casa; también al Carlitos, el Víctor, al Juvenal, la Marta, la Elsa, el Juan, la Ana. En la maternidad tuve a la Susana, a la Lola y a la Flora. Tenía buena enfermedad; en la casa me atendían señoras que saben y la mejoran a una. Escasas eran, pero había una. En la maternidad es mejor, porque ahí una tiene todos los recursos y en la casa no, pues. Muy difícil.

Al Víctor lo tuve sola. Estaba buena, no me dolía ni una uña. Mi marido anduvo ese día en Curicó y vino un poquito pasado. Se quedó dormido, yo le hablaba y nada. Cuando despertó, se levantó a buscar a la señora. Estaba retirado; cuando ella llegó, me había mejorado sola. Yo misma corté con la tijera la tripa del ombligo, y como la placenta quedó adentro, me amarré la cuestión a la pierna —no ve que eso se va para adentro y es terrible, una se muere—, y cuando ella llegó, ya estaba en pie.

—¡Qué está haciendo, señora por Dios! —me dijo.

—¿Qué estoy haciendo? Una tiene que hacer no más, con el favor de Dios. Ya que Dios me dio valor, voy a lavar al niño.

—¡Ande! ¡Vaya a la cama! —me dijo. Me tomó, me acostó, me sacó la cuestión, me fajó, en seguida me dio un caldito de pollo, y ya está. Total que la criatura tiene menos importancia; es al grande al que hay que cuidar. Me arregló bien y después lavó al niño.

De primera tenía harta leche. Ya después comencé a criar poca leche para los niños. El Toño mamó hasta grande; ya andaba y no le podía quitar el pecho. Cuando le daban deseos de mamar, decía: "Mamita, tuto". Habiloso, que tenía sueño para que le diera de mamar.

Donde tomaba mate criaba leche, y el ulpo dicen que es muy bueno. Desabrigarse la espalda dicen que es malo.

Cuando nos vinimos a Tutuquén, empecé a sufrir mucho. El era mediero, y de eso nos manteníamos, pero las cuñadas eran malas conmigo. Yo no les hacía nada, y ellas creían que me iba a interesar en todo lo que había en la casa, les iba a quitar a ellas, pero yo no tenía esas intenciones. No era por interés que me había ido ahí, sino porque él me llevó. Y ellas murmuraban, decían de mí una y otra cosa.

—Yo no aguantaría tanto —me decía la señora que había al lado—. Váyase, déjelo solo, porque su marido no hace nada por esto de verla sufrir a usted.

El había vuelto a trabajar de maestro, haciendo casas. Salía temprano en la mañana, a veces llegaba a almorzar a las 12, otras veces almorzaba por allá. Yo era la que sufría, sufría todo el día.

Ya tenía todos los hijos: once hijos tenía. Tres trabajaban y los demás estaban en la casa. Pero mis cuñadas aborrecían tanto a los chiquillos, que yo fui un día donde mi marido y le dije que ahí ya no podía estar. Entonces él fue para arriba y halló noticias de que en un fundo en Santa Julia, donde está la hija mía ahora, había trabajo. Le dije que si había casa por allá, nos fuéramos.

—Don Manuel Espinoza tiene casas desocupadas —me dijo—. Ya hablé con él, pero yo no voy a ir.

—Bueno —le dije—, si usted no va, yo voy con los chiquillos. Aquí no puedo aguantar tanto.

En vista de eso, dijo que iba también.

Le dieron casa al tiro; era inquilino y le daban un cuarto de tierra, y yo lo iba a ayudar a limpiar, porque él todo el día trabajaba y se iba a la chacra. Con los hijos mayores le ayudábamos. Había tomates, cebollas, ají, sandiales, maíz, porotos, harta chacra. Ahí fue donde más tiem-

po estuve, ahí crié a mis hijos y no pasé pobreza, se puede decir. Ahí yo no trabajé tanto.

Era malo el rico del fundo. Un día se puso a retar a Pancho, diciendo que él nos mantenía ahí. Me dio tanta rabia, que le contesté: "¿Qué dice, don Eduardo?".

– ¡Que se están manteniendo con lo mío!

– ¡Con lo suyo! –le dije yo–. Usted no nos está manteniendo. Con nuestro trabajo nos estamos manteniendo. ¿Usted ha estado limpiando? Nosotros casi nos hemos sacado las uñas limpiando –le dije–. Con nuestro propio trabajo nos estamos manteniendo, y eso a media vida.

¡Se quedó calladito!

Ahí trabajaba el Toño, el Víctor y el Juvenal. El Toño tenía como quince años, el Víctor tendría dieciocho, y el Juvenal estaba hombre, como de diecinueve años. Ya después no tuve tantos sufrimientos, porque se ganaba la harina, todo, y sembrábamos papas, porotos, maíz, lo más necesario. Así se cosechaba para los gastos de la casa, siempre para el gasto; no alcanzaba para vender. Si el cuarto de tierra es chico... Uno lucha mucho en el campo; no es como en el pueblo, que la gente está más cómoda.

Es dura la vida de la campesina. Hay que trabajar, trabajar. Y el hombre trabaja mucho; el marido se tiene que dar el último jugo ahí al sol; queme el sol o no queme. ahí tiene que estar no más.

Años atrás, el pobre no tenía derecho a nada. Al principio Pancho pidió que le sacaran libreta. Le sacaron, pero jamás le pusieron una estampilla, nunca. A Majadilla llegamos con la libreta en blanco, y ahí donde Arturo Cabello le empezó a poner imposiciones, le daban el familiar. Cuando empezó a trabajar de mediero, le correspondía la mitad de las imposiciones, pero no quiso arreglarlo; ya quedó la

libreta otra vez dos o tres años atrasada. En Tutuquén trabajó con Eduardo Muñoz, cuatro años, y esos cuatro años se perdieron en imposiciones en la libreta. Todo esto fue merma para poder sacar ahora la jubilación.

Después, en Santa Julia, don Javier Espinoza –el patrón– le siguió poniendo imposiciones otra vez. Cuando se hizo asentamiento se siguieron imponiendo. El presidente era Roberto Reyes; ese hombre se portó bien, siempre lo digo. Cuando estuvo Roberto Reyes de presidente, no escaseaba nada; nos manejaban los pedidos de azúcar, de harina, todos los pedidos. Después lo sacaron y entró el Toño de presidente, mi hijo. Ahí se fue yendo abajo el asentamiento, día a día. Ya nos nos pedían, se terminó todo, el azúcar, el harina. El mismo viejo Sergio se agarraba el azúcar y se lo llevaba para su casa; creo que tenía azúcar hasta para vender, un cuarto lleno, me contaban; lo mismo con la harina.

Ahí se fue a menos ya. Al fin se llegó que ni las libretas las arreglaban. Se fue abajo la libreta del Pancho, porque no lo inscribió el ministro, el administrador que había en el asentamiento. El ministro era para que nos insultara no más. Yo muchas veces pillé al Toño, como era el presidente y tenía todo el mando, firmándoles papeles al ministro, sin destino, a escondidas hasta de mí.

– ¡Qué le firmas tantos papeles! –le dije al Toño–. Vos estás enriqueciéndolo a él, le estás dando todo lo que a los demás les ha costado tanto; han trabajado, han dado el sudor de su frente, y a él le estás encajando la plata.

Y fue así, oiga. Todo, todo se lo llevó después del Golpe. Compró lindo tractor, compró camioneta, citroneta, una pila de cuestiones. ¡Se hizo rico!

El Toño, el propio hijo mío, me daba la contra, y mi

marido casi se mataba trabajando, se enfermó, y ellos se daban la buena vida. ¡Tanta injusticia! Retaba al Toño cuando lo hallaba firmando papeles. Ya después firmaba a escondidas de mí. Tenían contador y también le pagaban. El Toño se vendió. Leso el Toño, se vendió. El contador hizo una habilidad, le pasaron plata al Toño, y después vinieron los carabineros y le quitaron el tractor con coloso y todo. Pero yo reté a los carabineros bien retados.

—No, señora —me dijo uno—; no hable tanto, que la llevamos presa.

—Bueno, llévenme —le dije, y me le puse por delante—. Lléveme, a ver qué va a hacer con esta vieja allá. Son unos sinvergüenzas. Bien dicen que para el pobre no hay justicia; para el rico hay justicia, menos para los demás. ¿Por qué —le dije— lo dejan llevarse el tractor y el coloso, siendo que es de todos aquí?

Y el Toño bien amurrado, estaba esperando.

—Claro —les dije yo—, porque al Toño lo compraron. ¡Vos te vendiste! —le dije delante de ellos mismos.

Yo retaba al Toño y él no entendía nunca. ¡Es malo con nosotros, muy demasiado malo!

Este sitio lo compró mi marido, cuando Santa Julia se hizo asentamiento.

Ahora, aquí en la huertecita, es poco lo que tenemos. Arado tiene mi hijo Juvenal, y a medias tenemos el caballo. La harina la traigo en micro, y él me va a encontrar y la trae en la carretilla. Una vez al mes hago las compras. En invierno no voy, como tengo gallinas y cosas...

No me falta nunca qué hacer. Hago el almuerzo y después me siento a coser. Lo único que me cuesta tanto ponerle el hilo a la aguja; me falla la vista. Coso a mano; a

máquina no he aprendido nunca. Hago las sábanas, las enaguas, los calzoncillos; yo los corto también, los hilvano y la Lola los cose. Hago todas esas cosas sencillas. Voy juntando los sacos de harina, unos cuatro, y hago sábanas. Y compro tocuyo también; las de bolsas de harina son calentitas.

También sé armar camas. Tengo dos, esa mía y la de Pancho. Las deshago, pongo la lana y la aporreo bien aporreadita con un palo, entonces la lana se esponja, cae toda la tierra y yo misma las lleno. Me buscaban antes para llenar camas, y me pagaban. Piden caro por hacerlo, si cualquiera no sabe.

La lana, allá donde yo estaba tenían muchas ovejas, así es que me daban y yo hilaba. Un vellón de lana. Yo la lavaba, se secaba y quedaba blanquita; la limpiaba y la escarmenaba, en seguida hacía copos bien redonditos, y ahí uno va hilando en el huso. Llenaba una husa, después llenaba dos husas, torciendo el hilo. Con dos husas se hace un ovillo grande. Así le hacía escarpines a los chiquillos.

Al Víctor le hilé un hilo y le mandé a hacer una manta tejida; a Pancho también. Hilé unas frazadas de lana muy buena. Ya se acabaron; eran calentitas. Tejía chales también, todas esas cosas. Y me mandaban hilar; hilaba ajeno, para mantas, para chombas. El hilo tiene que quedar bien parejito. Ahora hace tiempo que no hilo, años, porque ya no hay lana.

Yo no ignoro ningún trabajo, todo lo sé hacer. Tiempo me faltaba, pero no trabajo. Encuentro que la gente ahora es inútil, que no sabe hacer nada. Antes, por ejemplo, por allá donde me crié, por la costa, mi tía Rita tejía —¡esa mujer era tan trabajadora!—. No sé cómo, pero en media hora levantaba sus dos docenas de platos de greda,

muy bonitos. Los ponía tan bien hiladitos en las tablas. Hacía linda loza, hasta botellas de greda, fuentes, cántaros, ollas. Le mandaban a hacer. Y tejía frazadas, chales, mantas. ¡Si no había cosa que no sabía! Y no se demoraba nada. A telar lo hacía. Ahora por aquí no teje nadie a telar.

Yo también hacía greda. Cuando mi mamá estaba haciendo, me ganaba cerca, pescaba un pedazo y comenzaba a hacer platos y ollas para la casa. Yo hacía por lo social, para aprender. Quedaban muy buenos los porotos en ollas de greda, ricos. También hay fuentes para pasteles de choclo. En el mercado hay, en Curicó, y he visto que traen acá en camión, cosas de loza. Pero no como la que se hacía allá en el campo; ésta era más pulidita; con una piedrecita —duiña se llamaba— la duiñaban. Quedaba suavecita, llegaba a brillar. Se apreciaba mucho esa loza, se la peleaban.

También hacían chupallas de paja. Una prima mía hacía trenzas, y después de trenzar hacía las chupallas. A máquina se hacen, pero allá en la cuesta las hacen hasta a mano. También a mano salen. Con teatina, una pajita que había, las hacían. Quedan blanquitas las chupallas, ¡tan lindas!

En ese tiempo hacían las trillas a yegua. Una vez estuvieron trillando dos semanas allá, un año que se dio tanto trigo que era interminable, pues. Hacían un montón grande de trigo y hacen el ensaque así: de la pila van sacando trigo para un ladito, y ahí le echan las yeguas y las van corriendo, van dos hombres. Hombres van trillando las yeguas. Igual yo también trillaba ¡ah jaji!

Las mujeres hacían la comida. Para eso se junta gente ahí, por el interés de tomar y comer. Para esa trilla que le

digo se trajeron como seis barriles de chicha que llaman de Peralillo. Era muy buena.

Para que no se curara la gente en el día, en la mañana se les hacía un caldillo –valdiviano se llamaba–. Para el caldo se asaba la carne no bien asada, ponían sus dos o tres costillares y se asaban. En seguida se echaba la carne en la olla, se picaba harta cebolla y se le echaba ahí también; se le echaba pan después, y quedaba un caldillo de lo mejor, para la gente. Se les daba en la mañana.

A las 12, comida de carne, harta comida en abundancia, charquicán. De Los Andes llevaban charqui, y quedaba tan rico. Se les daba un poco de chicha, tanteando que no se curaran, y al llegar le daban su vasito, su copita a lo lejos para el polvo, no ve que van ahí con la horqueta haciendo el saque, amontonando, y se cansan.

A lo que salían a la tarde, se les daba comida otra vez. La carne no fallaba nunca, porque en una vara se ponían sus tres animales muertos. En la tarde harta comida se les daba, y harto trago. Se curaban bien curados. Y la cantora no le mermaba al lado, la cantora cantándole con la guitarra en todo, y ¡vamos bailando, cueca chilena no más!

Yo pasaba metida en la cocina ahí; no salía nunca de la cocina, con varias mujeres que ayudaban a pelar papas, a picar porotos, y yo dirigía. Salía agotada.

Me acuerdo que había una señora, Panchita se llamaba, ahora es muerta; era cantora y le gustaba harto el trago, pues, y la agarraba. Yo me reía sola después. Se curaba y cantaba puras calamidades. Con mi prima hermana, la Olga, salíamos a la puerta de la cocina y la mirábamos cuando estaba cantando. Y ella miraba para allá.

– ¡Chiquillas! –nos decía–. ¡Upa! –y se ponía a cantar y tocar fuerte la guitarra. Nosotros nos reíamos.

—Señora Luisa —decía ella—. ¿Por qué se ríen aquellas chiquillas? ¿Será porque me quieren o porque están haciendo risa de mí?

—No, Panchita —le decía ella—; es porque la quieren.

¡La revolvía tanto! Después se curaba y tenía que ir a acostarla. Había una ventanita clarita en la noche. Ella miraba y decía: "Yo creía que era de más respeto ¡y que me hayan dejado afuera!". Creía que estaba durmiendo en el corredor.

Mucho se usaban las cantoras en ese tiempo. Trilla que no había cantora, no iba gente, porque ahí trabajaban por divertirse y por tomar, pues. De todas partes concurría gente, de a caballo, para correr en la era, y de a pie para trabajar.

Era muy graciosa la trilla, pero para mí era puro trabajo.

Y ahora, tanto cesante que hay. No hallan para dónde ir. Son caminantes, andan mucho por este callejón, andan matrimonios con sus cuatro o cinco niños, y guagua. Se ve mucho por aquí. Allá en Majadilla también había gente que pasaba todos los días. Cuadrillas y más cuadrillas. Pero no había tanta cesantía. Con Frei sí había trabajo para la gente. Ese presidente no era malo. Había qué comer, había harto trabajo, no como ahora, que la gente no halla dónde ir.

MARIA CASTRO
(1945)

Yo nací el 45, el 15 de agosto de 1945, en Hualañé, comuna de Licantén. Eso queda bien allá al cerro; si yo nací en el cerro, soy una de las primeras nacidas allá, donde vivía mi mamá. Y como a los 8 años, no me acuerdo casi, nos vinimos al fundo Majadilla, ahí donde le hablaba mi mamá de ese futre que no les ponían imposiciones.

En Majadilla me pusieron al colegio; fue la primera vez que fui, cuando tenía doce años, grande ya.

La escuela era una casa grande, con patios, antejardines, bien bonita. Me acuerdo que había árboles, unos parronales, tunas y olivos, y el cerro estaba casi apegadito ahí. Me quedaba como a dos cuadras de distancia; vivíamos cerquita nosotros.

En el cerro no me pusieron en la escuela porque no había, estaba muy retirado. La mayoría de las veces mi mamá no nos ponía a la escuela muy chicos, porque quedaba lejos. Los más grandes vinimos a estudiar a la edad de 12 años. A mí me mandaban con el otro hermano, Juvenal, y peleábamos, porque él para hacer la cimarra se subía arriba de los pinos y se hacía el enfermo.

A mí me gustaba ir; tenía buena memoria, y me acuerdo que al primer año me pasaron al tiro; en segundo, nos turnábamos para ir.

A los 13 años me pasó la primera talla en el colegio:

me enfermé en la escuela. Estaba sentada haciendo un dictado, y no hallaba cómo decirle a la profesora lo que me había pasado, tenía vergüenza; si era la más grande, todas las demás tendrían 9, 10 años. Cuando tocó pararse para ir a recreo, ella me dijo: "Y tú, María, por qué no te paras". Y yo cómo iba a salir si estaba toda manchada.

—Señorita —le dije yo—, no sé lo que me pasa —y le mostré.

Mi mamá nunca me había dicho nada, y eso que yo era la mayor; nunca se imaginaría que me iba a llegar tan luego.

—¿Tú no sabes eso? —me preguntó.

—No —le dije yo.

Me empezó a conversar y me llevó al baño, que me lavara bien lavada, y me dijo: "Vas de una carrerita a la casa, a buscar un paño, y después vuelves. Si esto es normal; se te va a quitar. Vas a estar unos días así".

Después yo no quería volver a clases; le tenía vergüenza a la profesora porque ella había sabido, y se lo dije a mi mamá.

—Si todas las mujeres se tienen que enfermar —me dijo ella—. Ahora te tienes que cuidar mucho, no hacer desarreglos.

Me dijo que no me mojara, no me bañara, ni tampoco hiciera mucha fuerza, que me podía hacer mal. Yo no sentía nada, lo único que me dolía el ovario. La primera vez me duró siete días; tenía miedo, estaba tímida; después ya se me pasó igual al otro mes, siguió, y ya no le hice más caso.

Me acuerdo que en esa época corría el carril; era igual que una micro, y corría por la línea, con electricidad. Ahí

llegaba la profesora todos los días, a las 8 de la mañana; nosotros entrábamos a las 8 y media. Yo en la mañana, antes de ir a clases, me levantaba como a las 7 y le ayudaba a mi abuelita a sacar la leche a las cabras. Después me lavaba, me arreglaba y me iba.

Teníamos unas veinte cabras no más, pero tenían cabritos chicos, así es que eran más. Con la crianza eran multiplicados, como cuarenta. Mi abuelita empezaba temprano a gritarme, a sacarme, a despertarme.

—¡Levántate luego! —me decía—. Tienes que ayudarme a sacar las cabras.

Ahí sacábamos leche, y después ella me decía: "Ahora tienes que arreglarte, niña, porque ya van a tocar la campana". Todos los días me decía lo mismo; a veces ni comía yo, ni tomaba desayuno, ni un vaso de leche, y me iba a clase.

Estuve en la escuela hasta los 16 ó 17 años, hasta 8°, y después me salí. Me pertenecía entrar a Curicó, pero de Majadilla a Curicó estaba muy alejado, como 30 kilómetros, y entonces mi mamá me dijo: "No va a poder ir más a clase, porque nosotros no tenemos para que continúes en Curicó".

Había que pagar una pensión para quedarse estudiando alguna cosa, y ellos eran pobres. Si estábamos todos tan chicos, y ahí empezaron a nacer todos los hermanos.

—Bueno —dije yo—, no puedo ir, pues.

Ya después le hice empeño de entrar a trabajar.

—Mamá —le dije a ella un día—, me voy a ir a Santiago.

Fue la primera vez que intenté salir de la casa; un caballero que conocía me llevaba por dos meses, pero antes del mes ya estaba de vuelta en la casa. Me aburrí, echaba de menos a mi mamá, me llevaba llorando, me vine.

Después estuve con mi mamá como dos años, pero en ese período yo también trabajaba; estuve sus tres meses trabajando de empleada en Curicó y después me iba para la casa. Me iban a buscar de nuevo, y así me llevaba.

En Majadilla se puso tan malo donde trabajaba mi papá, tan malo el trabajo, que se decidió a salirse. Ahí estaba como obligado él; le daban un talaje para un caballo y una yunta de bueyes que tenía, pero después ya los vendió, cuando empezó a ponerse mal.

Estuvimos como ocho años en Majadilla. Mi mamá lavaba, salía a veces a lavar, o tomaba planchado; a veces iba a sacar leche. Tenían como algunas seis vacas en ese fundo, entonces mi mamá iba a ayudarle a mi papá a sacar leche. A veces le tocaba sacar leche a él, porque tenía un compadre y este caballero era de edad y no era capaz de sacar la leche solo; entonces mi papá iba a ayudarle en la mañana y mi mamá también se levantaba a ayudarle. Yo quedaba en la casa, de dueña de casa.

En la casa me levantaba bien temprano; lo primero que hacía era encandilar el fuego, ponía la tetera —teníamos tetera de fierro—. Mi mamá ponía temprano a hervir el tacho con agua, y de ahí le echaba yo a la tetera el agua hirviendo. Le tenía un brasero a mi mamá, todo bien barrido, bien rociado, y estaba listo el comedor para que llegara y tomara el desayuno, la tetera hirviendo, el té al lado. También tomaban mate mi mamá con mi papá.

Desayunaban, después le ayudaba a hacer las camas, le daba comida a las gallinas. Tenía hartas gallinas mi mamá, arriba de veinte; tenían hartos huevos. Cuando dejábamos eso, soltábamos las cabras para que se fueran al cerro; las echaba fuera del corral, se iban las cabras, y em-

pezábamos a hacer el aseo. Yo ayudaba harto a mi mamá en la casa, en todo.

A veces tostábamos trigo y hacíamos harina. Poníamos una callana, era como una lata, la colgábamos a un alambre y la poníamos en la llama, echábamos el trigo y con un palo largo lo revolvíamos, lo poníamos a tostar. A veces hacíamos café de trigo también; lo poníamos a tostar, empezaba a quemarse, a ponerse negrito, en seguida se le espolvoreaba un poco de azúcar granulada y se empezaba a cernirse, a moverse para que se terminara de tostar. A lo que quedaba bien negrito el trigo, lo sacábamos, lo poníamos en una budinera larga y después en un tarro tapado. Quedaba listo el café para tomar café con leche en la mañana.

También hacíamos el pan. Eso ascostumbraba hacerlo siempre mi mamá. Era lo indispensable en la casa; todos los meses se llevaba un quintal de harina de Curicó; a veces se lo llevaba el mismo patrón en la camioneta, se lo dejaba en la casa. En la mañana mi mamá temprano hacía el pan, como tres kilos de harina. Yo apenas me lo podía; estaba joven, estaba niña todavía. Si como desde los 8 años yo le ayudaba a mi mamá en todo; lo que yo siempre hacía era rociarle y barrerle el patio y ponerle la tetera, ayudarle a hacer el desayuno. Después jugaba un poco. Era bien loca también; me gustaba correr.

Un día, cuando tenía como 15 años, me pasó una talla bien fea. Había un cabro negro, un chivo muy re mañoso. Yo lo remedaba, y cuando soltaba a las cabras se enojaba tanto, se ponía furioso, me ponía los ojos rojos. Había un árbol grande ahí, un aromo que daba flor y estaba amarillito como un copito arriba. Y un día el chivo em-

pezó a ponerse mañoso, me correteó, me persiguió, y yo me subí arriba del árbol. Escarbaba, escarbaba ese animal abajo y se hacía pichí, estaba bravo. Entonces yo me le perdí a mi mamá. Ella me llamaba y yo calladita arriba del árbol, porque tenía miedo de este animal; daba la impresión de que se iba a subir y me iba a pegar; si tenía unos cachos engrifados.

—Para dónde se fue esta loca —decía mi mamá—, que no la puedo encontrar.

Yo calladita. En una de éstas ladran los perros y se arranca el chivato. Me bajo del árbol y me vengo corriendo para la casa, y cuando ya casi llegaba a un cerco que había, venía detrás de mí, hecho un loco, que si no alcanzó a llegar a la casa me mata por el camino.

Después le tenía un miedo terrible. No me atrevía a entrar al corral a ayudarle a sacar la leche a mi abuelita, porque el chivato donde estaba me perseguía. Hasta que un día, cuando fui a ayudarle a mi abuelita a buscar al cerro las cabras para encerrarlas, porque no llegaban —a veces se ponían andariegas y no llegaban y había que ir a buscarlas para sacarles la leche—, me fui con un perro que había en la casa y arrié todas las cabras, y el chivato muy tranquilo, ni me hizo caso. Pero después, cuando veníamos por unos barrancos, por una especie de canales grandes, me siguió ese animal. Empecé a arrancar, alcancé a llegar a una barranca y me pegó dos topones; me tiró como a una altura de dos o tres metros para abajo. Estuve inconsciente más de una hora. Andaba sola y mi abuelita no sabía dónde estaba. Cuando volví de la inconsciencia, me levanté de ese barranco, subí como pude, sujetándome de las raíces; el chivato estaba arriba haciéndose el leso, escondido; el perro empezó a ladrarle y se quedaron peleando. Yo arran-

qué, corría por unos canales como mala de la cabeza hasta que llegué a la casa de un compadre de mi papá, alcancé a pasar un canal y me dio un desmayo. Ellos me recogieron, me acostaron, me hicieron unas friegas con unas pomadas y le fueron a avisar a mi mamá.

Después ese chivato se puso tan bravo, que decidieron venderlo; lo vendió a un hombre que tenía una carnicería, pero primero le dieron una huasqueadura con una soga.

Mi mamá ya después dijo: "Nos vamos a ir de aquí de Majadilla; a Tutuquén vamos; vamos a vender los animales".

Empezó a vender las cabras, y mi abuelita estaba tan triste, me acuerdo, porque como toda su vida ella había tenido sus animalitos, le entró una pensión muy grande. De ahí mismo, precisamente en esa parte donde nos cambiamos, ahí murió ella. En Tutuquén murió ella; era un pueblecito chico; ahí está todavía la familia de mi papá, le quedan dos hermanas. Mi papá tenía tierra ahí, pero era tan poco lo que tenía, como lo tenía compartido con las hermanas, que casi nunca se interesaba en sembrar. Le gustaba trabajar afuera.

En Tutuquén fue donde mi papá estuvo trabajando con un caballero que se llamaba Eduardo Muñoz. Ese caballero lo explotaba bastante. Estuvo trabajando cuatro o cinco años con él, de viñero. Mi papá podaba las viñas, hacía todo el trabajo que hace un viñero. Las hermanas le dieron una parte que le pertenecía y él hizo una casita ahí, donde vivíamos. Había más hermanas ya; iban a clase a Tutuquén. Yo tenía como 20 años y ya no iba.

Ahí fue donde empezamos a salir a trabajar, porque

éramos tantos los que habíamos en la casa. Ya en el verano empezaron los trabajos de corte del ají. Empezaban a buscar gente que quería ir a trabajar; una vez que saliera una, ya la iban conociendo, después la contrataban en otra parte, así cortaba ají en diferentes partes. La mayoría nos poníamos unos delantales como pintoras, nos poníamos pantalones. En esos tiempos las mujeres no usaban todavía pantalones; se asustaban de vernos así, pero los usábamos porque habían tantos zancudos en las tardes, donde siempre los ajises quedaban a la orilla de los ríos. El Canelo llaman la parte principal donde siembran, y el río Mataquito pasaba precisamente por El Canelo.

El Canelo no era fundo. Había parcelitas chicas; cada persona tenía o arrendaba, algunos eran medieros. Había propietarios también, dueños, porque había una fábrica ahí, esa donde hacían la salsa de ají.

Primero empezamos a cortar ají. Los cortábamos por sacos; pagaban $ 30 en esos años, catorce o quince años atrás. Yo cortaba ají más o menos a la edad de 18 años y ya tengo 37. Hace bastante tiempo. Cortábamos el ají, lo ensacábamos, y nos pagaban como $ 30, 20 ó 25 diarios, sin comida. Tampoco nos daban ración; a veces nos daban pan, o una galleta en la tarde, pero era a veces no más.

También nos llevaban a cortar tomates, por cajas. Ahí nos pagaban por día como $ 50, pero en esos años valía la plata. Cincuenta pesos era un montón. Me acuerdo que la primera vez que salí a trabajar, cuando corté ají, me compré un par de alpargatas y dos pares de calzones.

—Ve —le dije a mi mamá—, ve que conviene trabajar.

—Sí —me dijo ella—, ustedes se van a interesar en trabajar y me van a dejar sola en la casa.

Cuando ya terminamos de cortar el ají, el dueño, el mismo que tenía la fábrica nos dijo: "Se terminó la corta del ají; si ustedes quieren, les voy a dar otro trabajo".

El trabajo era en la fábrica donde hacían la salsa de ají. Yo iba con mi hermana, con la Elsa; habíamos como algunas seis mujeres más o menos, y una señora. También había hombres para acarrear los sacos de ají para echarlos a unas máquinas.

Nosotras echábamos el ají en una máquina igual que un molinillo, pero muy grande, y de ese molinillo pasaba a otra máquina que molía más fino; de ahí salía completamente hecho salsa. Teníamos que usar botas igual que los hombres, botas de goma, porque era muy helado, no se podía aguantar; era en esos meses de mayo cuando nos tocaba trabajar. Estábamos sus diez días ahí, dale moler, moler, moler, hacer salsa no más. Después la echábamos a unos barriles; era tanta la cantidad de ají, que la echaban en unos pozos igual que una piscina grande. De ahí empezaban a envasar en las botellas, o sellando en bolsas, y las traían no sé si a Curicó, porque parece que tenían una parte de donde la distribuían a diferentes lugares.

Con ese trabajo, me acuerdo que tenía las manos blancas, albas. El ají es igual que ponerse limón en las manos; a uno se le blanqueaban, se le suavizaban, pero nos quedaban picantes. Cuando llegábamos en la tarde a la casa, nos lavábamos, pero después a veces yo me pasaba las manos por los ojos en la noche, cuando estaba acostada, y estaban completamente picantes.

Después de eso, a veces íbamos a arrancar zanahoria con mi hermana; con la Elsa era que salíamos en Tutuquén a trabajar, toda la temporada del verano. Empezábamos los

primeros días de enero el trabajo de la cosecha, y cuando terminaba eso nos veníamos a trabajar a Curicó.

Ya después nos cambiamos, se vino mi papá de Tutuquén; se aburrió allá donde estaba con las hermanas porque era muy lluvioso. Salía el río para afuera y se llenaban las casas de agua. Era muy triste vivir ahí en Tutuquén porque se inundaba todo; uno tenía que poner las camas encima de tablas, y para salir a la calle tenía que ir en carreta, entonces no se podía estar ahí. Era muy helado, no había leña, era muy escaso todo.

—Voy a buscar otra parte donde irme —dijo mi papá—, porque ya no me gusta vivir aquí.

Además, tenía problemas con el caballero donde trabajaba; no le pagaba, hacía lo que se le ocurría. Entonces empezó a buscar dónde cambiarse, y se vino a Santa Julia. Cuando se vinieron, yo me había ido a Santiago; los mismos caballeros que me habían llevado a Tutuquén me llevaron por dos meses a Santiago; cuando llegué no tenía ni idea dónde estaban mi papá y mi mamá. Estaban las puras tías no más.

—¿Para dónde se fue mi papá? —les pregunté.

—Para el fundo de Santa Julia —me dijeron.

—¿Y dónde queda eso, tía?

—Esto queda por el camino del cementerio —me dijeron—; camino de El Boldo, Las Guindas.

Me vine no más; tomé la micro al tiro, me vine a Curicó, empecé a averiguar dónde queda Santa Julia, y en un taxi me vine para la casa. Los encontré en la nueva casa y me quedé como un mes y tanto, sin trabajar. Después se hizo una embotelladora, porque frente a Santa Julia hay una viña, Viña Las Acacias. Don Aníbal Grez era el dueño de ese fundo, cuando tenían grandes viñas y hacían el vino

ahí y lo embotellaban. Necesitaban mujeres para trabajar ahí.

—Mamá —le dije entonces a ella—, voy a ir a trabajar allí en Las Acacias con mi hermana, la Elsa, a embotellar.

—¿Cómo van a ir a trabajar ustedes allí —dijo ella— si trabajan puros hombres?

—No, mamá, en ese trabajo hay mujeres también.

Entonces fuimos a hablar con el ministro que había ahí, y nos dejaron.

—El lunes salgan a trabajar —nos dijeron.

Nos daban una ración, seis panes, galletas. También había ese pan parecido al centeno, galletas negras, que era como pan de trigo. Nos daban dos galletas y a veces nos daban porotos a la hora de almuerzo, pero a nosotras no nos gustaba quedarnos a comer; como estábamos tan cerca, a media cuadra no más de la casa, nos íbamos a comer allá.

En la mañana entrábamos a las 8, y en la tarde salíamos a las 7. Trabajamos seis meses ahí con mi hermana.

Al principio nos pusieron en un pozo grande, como piscina, y puras botellas, y unas cosas que daban vueltas y tenían una cabecera para lavar, como cepillos. Estaban remojándose las botellas en el agua, las poníamos allí, las metíamos de nuevo en el agua hasta que quedaban bien limpias, después les sacábamos las etiquetas, y había una máquina especial donde quedaban metidas; tenían como un fierrito para abajo y ahí iban las botellas con el fierrito, sus cien botellas puestas ahí secándose.

Nos tuvieron como quince días lavando botellas, después nos sacaron y pusieron hombres a lavar y empezaron a envasar vino. Había diferentes clases de vino; uno se llamaba Rhin, un vino blanco que echábamos en una botella

como pisquera, de cogote largo flacuchento. Había unas cubas grandes, inmensas, más grandes que una casa, y adentro de esas cubas estaba el vino, cociendo la cosecha; tenían una llave grande, uno la abría y como por un embudo caía el vino para abajo, a los barriles. Había una llavecita, salía directamente de ahí y uno lo iba echando directamente a las botellas. De ahí salía a una máquina que se llevaba todas las botellas a un lado de una mesa, las iban sacando y poniéndolas ahí, dejándolas todas formaditas. Entonces, mientras nosotros hacíamos ese trabajo, los otros hacían cartones para envasar las botellas, unas cajas que llevaban cuatro botellas, parecidas a las bandejas de los huevos, pero con cuadraditos donde se metían las botellas. Esa clase de vino fue el primero que hicimos.

Después empezamos a hacer el Pomar, un vino tinto espeso, grueso. A veces hacía tanto frío, que yo les decía a las chiquillas: "Chiquillas, tomemos un poco de vino para el frío". Eso era cuando estaban las heladas blanquitas en el suelo, en los meses de junio, julio, en esos que hiela tanto. A veces llevábamos leche condensada, les abríamos un hoyito a los tarros arriba y le echábamos a la botella de vino, al tinto ese Pomar, y lo revolvíamos, lo batíamos bien batido, después tomábamos sus buenos tragos. Ya que se nos quitaba el frío, empezábamos, porque si no teníamos que hacer fuego y llevar brasas, porque la bodega es puro cemento y pasaba continuamente mojada, donde lavaban las botellas.

Después que envasábamos el vino, ya hacían pedidos para diferentes partes; unos pedidos de sus 300 botellas de vino Rhin, Pomar. Había otro vino que se llamaba Gran Vino, y también un vino fino. Salían unas botellas parecidas a las botellas champañeras, todas envueltas en papel

celofán. Todos esos trabajos los hacíamos nosotras. Colocábamos los gorritos arriba de las botellas, ya estábamos expertas.

—Son buenas para colocar el gorro ustedes —nos decían.

Después ya se empezó a agrandar eso y empezaron a tomar hombres. Trabajábamos sus 60 mujeres y sus 60 hombres ahí, las mujeres trabajando con los hombres. Los hombres eran re buenos con nosotras, porque a veces llevaban café en termo en la mañana y nos daban calentito.

En la tarde ya salíamos cansadas, trabajando todo el día, y a veces nos escondíamos. ¡Eramos malas también, si no era puro trabajo, no iba a ser puro trabajo! Le echábamos el ojo al gallo, al ministro que teníamos, que era malo, muy re malo; no nos podía encontrar paradas ni un segundo, porque nos mandaba a la oficina y después nos echaba para la casa. Nos tenía una semana paradas, ése era el castigo que hacía; ya a la segunda vez nos quitaba el trabajo.

—Miren —dijimos nosotras una vez—, vamos a hacer una cosa para que este hombre no nos pille más paradas. Unas se van a quedar mirando para afuera mientras preparamos los melones.

Preparábamos sus melones con vino adentro; le abríamos un portillito arriba y ahí le echábamos el vino para adentro, le poníamos azúcar y después lo íbamos a tomar. No lo tomábamos adentro del trabajo, sino cuando íbamos a salir. Entre tantas como éramos, ¡qué! de un melón nos tomaríamos una copita cada una, y después nos íbamos para la casa. La Elsa, mi hermana, era buena también para el trago, y tenía como 13 años; era bien niñita, jovencita.

La Elsa reclamaba porque la tenían ahí abajo, recogiendo las botellas y poniéndolas arriba de la mesa. Pasaba todo el día agachada en el trabajo de ella. Reclamaba que no la dejaban ni un rato descansar. ¡Para adentro había unas bodegas tan largas! Ahí metían todas las botellas, los envases, las vacías, las que no servían, porque había botellas que salían con el cogote quebrado. Esas no se podían envasar, porque al darle la vuelta uno al papel, se podía cortar y accidentarse la mano.

A fin de mes daban una ración, una garrafa de vino. Y ganábamos $ 50 diarios, eso era lo que ganábamos. Trabajábamos de lunes hasta el sábado a las 2.

En ese trabajo uno no se metía mucho con los hombres. Si ellos echaban sus tallas por ahí o empezaban a tirar piropos, nosotras nos hacíamos las lesas no más. Si nos molestaban mucho, también nosotras les echábamos un par de rendidas y listo, quedaban callados, no decían ni una cosa.

Había algunos que eran bien frescos, pero les hacíamos unas marraquetas en las chalecas y les dejábamos papeles escritos. Les poníamos "Mirón, sapo; por sapo no engordas". Puras leseras les poníamos. Cuando no, encontrábamos un ratón y se lo echábamos en las carteras. Después, ya al final, le ganábamos el odio a los hombres, se hicieron más amistosos con nosotras y éramos todos iguales; hombres y mujeres éramos todos compañeros de trabajo.

A veces hacían sus fiestas los hombres y decían: "Somos todos compañeros de trabajo y tenemos que compartir igual; ustedes tienen que bailar harto con nosotros, porque son harto buenas para tomar vino. No se vengan a hacer las pulidas".

Pero nosotras no éramos nada tontas.

—No, pues —les decíamos—, no vamos a tomar puro

vino ni puras bebidas; venimos a pasarlo un rato bien, porque harto que trabajamos toda la semana.

—Ya se enojaron las chiquillas —decían ellos—. No se enojen. Miren, vamos a hacer una cosa: trajimos pan, huevos, salmón, unas gallinas. Queremos que ustedes, como son mujeres y saben más de casa, nos preparen unos sánduches, hagan una mayonesa, una cosa bien encachada, y ponemos una mesa aquí, hacemos una pichanga y después bailamos un poco.

—No, ustedes son muy curados —les decíamos nosotras—. Se curan y después se ponen a cuñarnos, y a nosotras nos van a venir a buscar de la casa y nos van a pegar.

¡Mi mamá era más guapa! Llega asomándose a cada rato cuando hacían fiesta, a ver si nosotras hacíamos algo.

A veces se hacían las pichangas y lo pasábamos re bien. Esta señora que había ahí, doña María Correa, era la inventora de la cuestión. A nosotras, como estábamos chiquillas todavía, nos daba vergüenza, y mi papá no nos dejaba. A cada rato aparecía, cuando no aparecía con una varilla mi mamá; no le importaba nada. Si nos veía que estábamos bailando bien atracados, llegaba no más y nos daba un puro huasquete en la cabeza o un varillazo por las piernas y nos llevaba al tiro para la casa. Así es que ya después de las seis de la tarde, ya no había ninguna ahí en la fiesta.

Las fiestas las hacían ahí mismo en la bodega, en la parte de los pozos. Algunas iban con los papás, otras con las mamás; los otros, por el interés de bailar con las chiquillas. Nosotras ahí tomábamos bebidas no más, y harta comida.

—Nosotras no vamos a bailar si ustedes no nos dan co-

mida –les decíamos–. Va a ser pura tomatera no más. Estamos acostumbradas a trabajar y a comer.

Bailaban twist en esa época. La Elsa bailaba un poco y después se aburría y me dejaba sola, se iba para la casa. Ligerito llegaba mi mamá a buscarme.

–Esta por ser la más vieja se queda zandungueando por allá –decía.

Se terminaba la fiesta, y el día lunes a trabajar de nuevo.

Al final, cuando se terminó la viña, hicieron una fiesta bien grande; ahí convidaron a mi mamá. Mataron una vaquilla, casi se amanecieron, se curaron, otros pelearon, hicieron cualquier cantidad de leseras.

La vaquilla la ponía el dueño, don Aníbal. Era bien buena persona. Traía unas vaquillas en unos colosos, las ensaladas que hacía la misma señora de él; hacían una fuente de papas con mayonesa, arvejitas, betarraga, zanahorias, todas esas cosas. Hacían una mesa larga y ponían ahí las bandejas de corrido, y por otras partes las de asado, empezaban a servir y se echaban su buena bailada con la misma gente. Eran muy buenos esos caballeros. Al final terminaron por llevarse el vino para Santiago, a la bodega Santa Rosa del Peral y creo que todavía lo envasan ahí, pero no son los mismos dueños. Si ha habido mucha gente ahí, mucho cambio de patrón; han comprado, han vendido, se fue en remate cuando se fue don Aníbal Grez; remataron todo, todos los lujos salieron ahí.

Este sitio es comprado hace unos 14 años, cuando todavía Santa Julia no era Asentamiento.

Mi papá era apatronado cuando vino un día aquí; tenía unas vaquillas, vendió una vaca con una ternera, vendió

un caballo y puso la platita en el Banco y un día, un amigo de él –don Chalo– le dijo que le vendía el sitio en diez mil pesos. Así lo compró.

No hace el año que se vino a hacer esta casa, cuando el dueño del fundo le dijo que le tenía que entregar la casa, porque el viejo se quedó sin nada y al patrón le devolvieron las tierras y empezó a sacar a la gente. Por eso, antes llegaba a la casa del fundo.

Vengo en verano, trabajo de veraneante desde noviembre en la guinda, y me voy en marzo a Santiago. Así vivo. De costurera en talleres de ropa; de vendedora; de empleada trabajo en Santiago y así vivo. Mi marido poco trabaja y por la vida mía, a mi hija la tiene mi mamá acá en Sarmiento para que vaya al colegio.

A fines de noviembre, primeros días de diciembre, empezamos a trabajar en la guinda.

Para ir a cortar guindas nos pasaban una escalera que pesará unos 10 kilos –igual que a los hombres– y una canasta, y una misma va sacando las cajas. Las cajas hacen más o menos 20 kilos de guindas. La primera vez que corté empecé con bandejas de 5 kilos. He cortado ya más de cuatro años, y este año teníamos bandejas de 20 kilos.

Antes cortaban en canastos, después las pesaban y las vaciaban a las cajas. De ahí iban calculando la cantidad que uno cortaba.

La última vez que corté, en el día me hacía como unos 76 kilos. Nos pagaban a $ 5 el kilo. A veces ganaba muchísimo; con don Sergio Balú me ganaba sus $ 300, $ 400 diarios.

El trabajo mío es subirse a la escalera y andar cortando las guindas. Todas las cosas tienen su técnica; la guinda nosotras la tomamos, le damos una vuelta para atrás y des-

pués un tirón. Hay que tener mucho cuidado con esa cosa de la guinda, porque no ve que se le caen los cargadores y eso es delicado. A una la controlan: si bota muchos cargadores, ya no le sirve. ¡Para la casa!

El pago lo hacían semanal, pero en algunas partes cuando cortábamos por día, nos pagaban al tiro en la tarde.

Iba bastante gente, se llena, más mujeres que hombres. ¡Uy! Aquí en diciembre, cuando estuvimos cortando nosotras, había sus doce, quince mujeres, y había hombres también. En algunas partes dan ración; don Sergio Balú daba en la tarde unos tres kilos.

Por lo general aquí en Romeral, en la comuna de Curicó, es la parte de la zona central donde hay guindas. Nosotras no quisimos ir porque nos quedaba muy lejos. Ahí llevan a la gente y la traen en camión. Van hasta mujeres con niños. Un niño de diez, once años, ya puede ir a cortar guindas. Los niños chicos no, porque hacen mucho perjuicio; cortan los cargadores, cortan la guinda verde; no tienen experiencia; si a una mata se le cortan muchos cargadores, al año siguiente no da nada. Por eso es delicado recibir personas que no saben cortar. Pero si es una niñita de once, doce años, ya puede ir a ayudar.

En la corta que estuvimos nosotras, andaban más o menos ocho, diez niños, y les pagaban igual que a nosotras.

Ultimamente estábamos trabajando en la guinda no más. Año atrás, en todo un poco. Me acuerdo que en Santa Julia salíamos a veces a cortar arvejas; eran muchas las mujeres que buscaban para eso. Es que la mujer tiene más paciencia que el hombre para estar agachada. Es muy cabreador ese trabajo; mal pagado y agotador, porque hay que estar agachada todo el día y a pleno sol. Cortábamos por saco; el año pasado no alcanzaban a pagar $ 50 por saco.

Yo me cortaría sus cinco, seis sacos, más no le corté, y me aburrí.

—No le corto más porque me pagan muy poco —le dije.

Y me enfermé tanto que llegué a tener fiebre.

—No voy a trabajar más en eso, me voy a ir a cortar porotos —le dije.

Ibamos a cortar porotos granados. Es más fácil, porque por lo menos es más largo el capiz; en las arvejas es más chico, entonces cuesta más para irlas tomando, no le cunde nada a uno. Tomar y tomar y echarlas a una canasta no más; parece que la arveja, cuando se corta y queda al sol, se pone lacia, así es que no terminábamos nunca de llenar un saco de 80 kilos. Nos pagaban una mugre, y para llenarse el saco había que estar desde las 8 hasta las 12. Parece que uno le iba echando las arvejas y en el saco se iban volviendo nada, así es que, ¿sabe lo que hacíamos?, veníamos, cortábamos las arvejas y las rociábamos con agua; entonces no se nos ponían lacias.

—Bueno —le dijimos últimamente al caballero—, nosotras le seguimos cortando arvejas, pero si usted nos paga más, y por kilos. Si no, no le vamos a trabajar más. Busque y va a ver que nadie va a querer cortarle.

Era bien jodido: había que tener harto cuidado, porque si uno dejaba muy aplastadas las matas, mutiladas, las pisaba mucho, no le permitía que siguiera cortando. A mí me aburrió esa cuestión.

Había un porotal bien grande al lado.

—Si necesitan cortadoras de porotos, puedo ir a cortar —les dije yo.

Así es que íbamos a cortar porotos. Ahí ya nos pagaban a $ 50 el saco; nos rendía harto; yo me podía cortar

sus tres sacos, pero había que estar de las mismas 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde, y en estos meses de enero, febrero, en todo el calor. Llégabamos a cocernos en la calor. Cuando terminábamos, nos tirábamos a un canal bien grande que había. Parecía que la cabeza nos iba a explotar con el puro calor.

Lo que yo nunca he cortado es uva. Mi hermana, la Elsa, ha trabajado en la viña afuera. Ese trabajo es lo último ya; es peor que sacar papas. También yo he sacado papas de la tierra, ahí mismo en Santa Julia. Si alguien necesitaba sacadores de papas, allá íbamos pues. Nos daban su buen almuerzo en las casas donde íbamos a sacar, nos daban papas, nos pagában al día.

El trabajo de sacar papas también es agachado. Adelante va un hombre arando la tierra, un caballo con un arado, va arando y devastando; devastar se llama cortarle toda la parte de arriba a las papas. Entonces le queda la parte de abajo y se le mete el arado y van saliendo las papas; ahí empieza uno con un canasto a recoger las papas; tiene que ir dando vuelta la tierra, ir escarbándola con la mano, ir sacando las papas viendo que no queden, y va echándolas a los canastos o a los sacos. Bien bonita; a mí me gusta la sacada de papas. Pero trabajar en la viña no, no me gusta nada.

La corta de uva es muy sucia. Hay que andar con tanto peso al hombro, esas gamelas hacen sus 15 kilos. Yo veía cuando mi hermana trabajaba; les dan unas tijeras grandes y con esas van cortando los racimos de uva, porque la uva de viña es muy dura, cuesta cortar el pezón; no se le puede cortar tirándolo con la mano tal como se tira en un parrón. Uno tiene que tener mucho cuidado y rapidez, por-

que si no se corta los dedos también; es peligroso. Eso se va dejando en las gamelas, van echando las uvas y se van distanciando por hileras. Las hileras son de casi una cuadra de largo. Y uno anda todo el día levantando la gamela, porque hay que ir a dejarla a los tractores donde van vaciándola —hay unos hombres arriba recibiendo las gamelas—, y ese jugo que exprime la uva se le empieza a caer por el cuerpo a una. Al final, en la tarde, sale bañada con el puro jugo de la uva; parece una mona, pues, oiga, y las tierras de las hojas, todo eso entremedio, ¡es harto sacrificado!

Por cada gamela le dan fichas a una, como una especie de plástico con un número. Según las gamelas que saque son las fichas que le van pasando. Llega la tarde entonces, uno entrega las fichas, y según eso le pagan. No se a cómo estarán pagando eso, pero cuando yo fui, era muy mal pagado el trabajo de la vendimia.

Mi hermana va a trabajar todos los años aquí abajo en Santa Julia. Esas viñas son de los Sánchez, los del Molino Suazo de Curicó. Esa reserva le tocaba al patrón del asentamiento, y cuando los dueños entregaron el fundo, ese Sánchez compró la reserva tipo viña. Ahí va mi hermana a trabajar todos los años, y también en un guindal que tienen.

Cuando termina la cosecha de la uva, hacen una fiesta con la gente tal como anda no más, toda sucia. Nadie se lava, sino que empiezan temprano a preparar el asado. Compran carne, llevan por kilos; matan su vaquilla y hacen su asado ellos mismos. El patrón pone eso. No sé si se lo descontarán a la gente. Mamá, ¿le descontaban ahí cuando terminaba la vendimia, ahí donde don Sánchez, a la gente? Parece que no; ponían ellos mismos; los mismos dueños ponían la carne y todas las ensaladas, el vino, ¡harto vino! Terminaban de trabajar a las 4, a las 6 hacen la fiesta con

baile. Ahí les pagan a todos la terminación, y el que quiere baila y el que no quiere no baila nada. Al final se van bien contentos para la casa y bien curados. En eso termina una fiesta; lo primero que pasa en una fiesta es que terminan curados, ¿no es cierto, mamá?

Lo pasan bien después del trabajo, pero el trabajo en la vendimia es muy sucio y muy matador. Yo no sé cómo la Elsa trabaja ahí. No le importa nada a ese demonio; es muy buena la Elsa para trabajar en esas cosas ¿no es cierto, mamá? ¡Uy! La Elsa es muy trabajadora. ¡Andar, mamá, con esa gamela al hombro! Y gamelear igual que un hombre, y la facilidad para tomarla. Toma la bandeja así, la levanta y se la pone al hombro, sale con ella y la va a dejar a los tractores, las vacia y vuelve a buscar más otra vez. ¡Vamos cortando días enteros en las hileras!, y vamos echando al hombro, cargando, y vamos llevando. ¡Es como un hombre!

Ya prontito van a empezar las vendimias, por el 15 de marzo empiezan ¿no es cierto, mamá?

En la guinda por aquí no hacen fiesta, pero en Romeral creo que sí. En la parte grande, pues mamá, donde hay harta guinda, en los huertos grandes, ahí es donde les hacen su buena fiesta. En Romeral sacan una reina, la coronan y la pasean en un carro, en camión o en tractor con coloso, sentadas ahí y les ponen sus cajas de guindas al lado.

Con la Lola estuvimos trabajando en la guinda, pero anduvimos saltado, no como en otras partes que uno está como un mes en una sola parte. Es que aquí son huertos chicos, casi todos son dueños de sitios y por lo general tienen sus guindalitos chicos. Por la comuna de Romeral,

igual también a la entrada de Sarmiento, hay unas partes con muchos guindales, muy grandes. Reciben sus ciento cincuenta, doscientas personas, entre hombres y mujeres. Si una tiene que hacer el mismo trabajo que el hombre: subirse por la escalera arriba de la mata, andar arriba gancho por gancho recogiendo las guindas, igual que el hombre, con pantalones o con vestido. Por lo general una tiene que usar pantalones porque si no los hombres empiezan a mirar de abajo para arriba. ¡Jodidos son los hombres! Son muy abusadores con las mujeres cuando trabajan en el campo. Yo me fui a cortar guinda por allá, me puse un día falda, estaba arriba de la mata, y un hombre se puso abajo a mirarme.

– ¡Oiga! –le dije–. ¿Y usted qué está haciendo?

– ¡Tan blanquitas las piernas que veo para arriba! –me dijo.

Me tuve que bajar de las escaleras y esperar que se fuera, pues. Pero no pasaban sus diez minutos cuando estaba de vuelta otra vez. Entonces empecé a ir con pantalones todos los días y ya no fue más. Los hombres son muy re sinvergüenzas. Uno tiene que retarlos, llevarlos al tiro a terreno y pararlos en seco. A la que le gusta la broma, la siguen hasta el final, pero para trabajar una tiene que ser bien seria. A una le gusta revolverla, pero en forma sana, amistosa, que se comprendan las bromas y las tallas, porque las bromas y las tallas van y vienen donde se está trabajando con hombres y mujeres.

Por lo general las mujeres son más diablas que los mismos hombres en algunas partes. Ahí en la guinda había unas chiquillas de sus quince años, y a veces los mismos hombres que andaban cuidando para que cortaran bien, les tiraban sus piropos. A ellas les gustaba, y cuando ya se les

tiraban más en serio, iban a tratar de pararlos, ellos les decían: "¡Y... tú buscaste primero! Yo no iba a ser maricón para aguantármela. ¡Si a uno le ponen el plato, tiene que comer!".

Una no, pues; ya tiene más experiencia, se da a respetar. A la que le gusta, le gusta, pero ¿qué le pasa al final? Le salen bromas bien pesadas, o si le hacen algo tiene que aguantárselas no más. Nosotras con la Lola nunca; ella es bien amistosa, y yo también comparto con la gente, pero a nosotras no nos dicen nada.

Al final trabajamos aquí como quince días con un caballero que es profesor retirado; creían que era el papá de nosotras. Siempre salíamos con gente mayor a trabajar, con dueños de casa; entonces ya una es más respetada, ya no la tratan de pasar a llevar.

El profesor de parejita cortaba con nosotras, pero yo se las ganaba; era malazo para cortar él. A las 12, mientras yo me tenía tres cajas de guindas, él se sacaba una y media.

—¡Y cómo le cunde tanto a usted! —me decía. ¡Le echa con gancho y todo!

Es que yo no era nada de tonta. A veces él se quedaba escogiendo las guindas hasta el último ganchito arriba. En cambio yo, veía que estaban muy altas, me cambiaba a otra mata, buscaba las matas que tenían más.

—¡Cuándo le va a cundir si se queda ahí no más! —le decía yo.

Al final agarró la onda, agarró el ritmo de una misma, y sacaba dos cajas para las 12.

En la última parte que cortamos guindas, seríamos unas veinte personas, entre hombres y mujeres, y terminábamos todos amistosos. Hasta había una señora como de 100 kilos que se subía arriba de las matas, más liviana que

una misma. Tenía como diez hijos y los llevaba a todos a cortar, así es que en un ratito terminaban las matas. Una mata de guinda bien cargada debe dar más o menos unas doce, quince cajas; no tanto, unas seis, siete cajas de veinte kilos.

En algunas partes eran tan malos los ricos con la gente, que para que no comieran guindas les daban leche en las mañanas antes de que empezaran a trabajar. La persona que toma leche y come guindas le viene una indigestión terrible, capaz que se haga ahí mismo por la mata para abajo, quede todo chorreado. En otras partes han agarrado ahora de echarle líquido en la última fecha, cuando empiezan a agarrar la guinda. Con el liquidito ese da como una intoxicación, empieza a doler el estómago y da indigestión. Uno se da cuenta al tiro, porque la guinda está arriba como con una leche blanca; es como un desinfectante, pero por lo general se lo echan para que la gente no coma. Pero uno no era nada de tonta: agarraba, tomaba una canasta, echaba sus dos o tres kilos, y la lavaba bien lavada en la acequia. Y con la Lola nos comíamos como un kilo de guindas cada una. Y la guinda da hambre, la hace poner hambrienta a una. Ya después de las tres de la tarde no comíamos más, porque estaban calientes y una se pone hinchada.

El tomate es más aliviado, porque uno anda con las cajas, cortando no más. También las cajas son de 20, 25 kilos.

Yo encuentro que las mejores pagadas son la guinda y la pera; la gente corta mucha guinda en este tiempo. Los meses para trabajar aquí en la cosecha son de diciembre a febrero, para la mujer. Después viene la vendimia, casi al mismo tiempo que la cosecha de la manzana, en marzo.

Entonces se juntan dos períodos: quince días antes las cortas de la manzana, y quince días después, la de la uva. Como la vendimia dura más, la mayoría de la gente se inscribe ahí; es como dos meses la corta de uva. Pero las dos cosas terminan.

Yo trabajé un año en la manzana, como dos semanas. Trabajamos igual que los hombres, andando con un capacho igual que los bolsones de colegio. Ese cambucho haría sus ocho, diez kilos. Nosotras tomábamos las manzanas grandes, le dábamos una vuelta y la sacábamos, después la dejábamos caer despacito adentro del cambucho para que no se machucara, y cuando se llenaba, lo íbamos a vaciar a los vilos. Los vilos son unas cuestiones grandes igual que un cajón, cuadrado, que deben hacer sus ciento cincuenta, doscientos kilos de fruta. Cuando se llenaban esos vilos, empezaban a cargarlos con los quides. Quides se llaman unas cosas igual que unas anclas, igual que esos que levantan los vehículos cuando están en panna.

Así trabajábamos todo el día, cortando la manzana y llevando la escalera, haciendo casi el mismo trabajo que en la guinda; es bien parecido. A veces andábamos cortando manzanas arriba de los árboles, igual que los hombres.

Cuando terminamos la corta, nos dijeron: "Chiquillas, ¿ustedes continúan trabajando? Les damos trabajo en el limpiado de manzanas".

Nos quedamos. Ahí uno tiene que ir calibrando cuál es la manzana de primera, la más grande; de segunda, más chica, y de tercera, la más chica. Uno las calibra con la mano, según el porte de la manzana; al tomarlas no más ya sabíamos cuál era. Así nosotros limpiábamos las manzanas, las calibrábamos, las envolvíamos en un papel, íbamos echándolas en los cajones y las íbamos marcando, de pri-

mera, de segunda y de tercera, en distintas cajas según el porte.

La manzana grande por lo general la exportaban. Nosotras le trabajamos a David del Curto; la manzana de ahí la llevan directamente al frigorífico, la arreglaban, la embalaban –porque el embalaje es otro; en el embalaje va la manzana por docenas y por cantidades, puestas por capas igual que las bandejas de huevos–. El trabajo que nos dieron fue ese de calibrar las manzanas, envolverlas y guardarlas en los cajones, irlas dejando aparte marcadas. Después les poníamos dos cartones grandes, uno para cada lado, cerrábamos las cajas, y en la tarde las llegaban a cargar, clavándolas, y se las llevaban directamente al hielo para que se conserven.

Pienso que para la mujer es bastante sacrificado trabajar afuera y en la casa. Para poder salir a trabajar, uno también tiene que comer, tiene que hacerse sus cosas si no tiene a nadie que se las haga. A la pobre mujer le toca doblarla. Me acuerdo cuando yo salía a trabajar, en la tarde tenía que dejar el pan hecho, cocido; dejaba comida hecha en la noche para el otro día. A veces, cuando tenía mucho trabajo, supongamos que tenía que lavar, tenía que hacerlo en el período del almuerzo. Salíamos a la una del trabajo y entrábamos a las dos y media, y ahí me ponía a lavar; la dejaba remojando en la mañana, lavaba a la hora de almuerzo y a la tarde volvía y la enjuagaba y la tendía. A veces no alcanzaba en la mañana temprano a hacer las camas, me tocaba al almuerzo hacerlas; o en la tarde tenía que hacer el aseo, pero tenía que saber dejar el día antes adelantado algo o hacerlo en cualquier momento. A veces no me alcanzaba el tiempo para dejar el almuerzo hecho, tenía que ve-

nir de una carrera a las once y dejar el gas prendido bajito, cociendo. Si estaba lejos, no lo podía hacer, y teníamos que arreglarnos con una ensalada, té, cualquier cosa.

Es mucho más sacrificado el trabajo de la casa que el del campo. Afuera en el campo uno tiene que hacer una sola cosa; en la casa se está en una, en otra, haciendo el almuerzo, planchando, limpiando, cuidando las gallinas, todas esas cosas, pues. Y siempre a las doce tiene que estar el almuerzo listo, porque la salida del trabajo de la gente es a las doce; salen, se lavan, y vienen a almorzar al tiro. Y al hombre hay que tenerle su ropa limpia, planchada. Y todos los días se hace pan, casi nunca se compra. Mi mamá ahora lo hace día por medio, porque todos los días es demasiado; como lo hace con levadura y grasa, dura más tiempo; guardado en una bolsa dura más.

Es duro también el trabajo en el campo, y llegar tan cansada después a hacer las cosas de la casa. Una desea a veces estar un rato, descansar. ¡Qué va a descansar si tiene que ponerse a hacer todo!

Algunas señoras tienen que llevar hasta las guaguas al trabajo; las dejan durmiendo en un cajón, en alguna parte debajo de un árbol. Y hacerla de hombre, porque en algunas partes es tan sacrificado trabajar igual que ellos.

Para el hombre también es sacrificado. Trabajan todo el día apatronados, y si tienen sus chacras, llega la tarde, comen algo, y partir a la chacra a limpiar, regar, cuidar. A veces a las doce de la noche no llegan a la casa todavía. Pero igual, la mujer tiene más trabajo que el hombre. Para poderse ayudar, tiene que salir adelante trabajando ambos, porque si no, no alcanza. Y uno no le puede exigir mucho al hombre; es demasiado poco lo que ganan. Aquí ningún dueño de casa deja de salir a trabajar cuando hay trabajo,

aunque esté enfermo. Y la mujer también es muy alentada; habiendo trabajo, sale a trabajar igual que el hombre, no se rebaja por ningún motivo diciendo: "¡Ah! Yo no voy a trabajar, el hombre manda!".

De primera, a ningún dueño de casa le gusta que su mujer esté trabajando, deje la casa botada. Si están trabajando juntos, está bien, pero si está trabajando uno por allá y el otro por acá, llega el marido a la casa a almorzar y no encuentra ninguna cosa hecha, se vuelve loco. Hay mujeres que se acostumbran a salir a trabajar, y ya después la casa anda toda al lote. Por eso yo le digo que cuando hay pocas personas, al haber trabajo una puede salir adelante perfectamente bien; cuando hay muchos niños, ahí se hace más pesada la cosa. El puro dueño de casa tiene que ponerle el hombro para poder tener.

Ahí se pasan las apreturas, porque aquí es tan bajo el sueldo que se gana en el campo. Un obrero, trabajando todo el mes de sol a sol, no pasa de los $ 4.000. Es una miseria. Con las horas extras que trabajan hasta las diez, once de la noche, vienen a sacar sus $ 6.000. Es muy poco ¿no es cierto? No alcanza para nada; con esa plata hay que vivir todo el mes, sacar para el vestuario, la comida, el almacén, para los niños. Si hay seis o siete niños, se mueren de hambre, andan desnudos y descalzos, y empiezan a enfermarse.

Y los patrones ¡qué se van a componer! Si antes eran malos, ahora que no hay trabajo están peor. Hacen como una competencia; supongamos que haya trabajo donde necesitan diez personas: llegan veinte. Si aceptan quedarse por la mitad de la plata, los toman. Y si acepta uno, aceptan los demás, pues. Preferible eso a nada, porque algunos están mucho peor que una misma. Y ahí empieza a crearse la rivalidad, y los mismos patrones empiezan a abusar de la

gente. Yo me acuerdo que antes, unos diez años atrás, pagaban a la mujer el Seguro, las imposiciones, pero ahora ya le quitaron todos esos derechos a las personas. Yo creo que el Seguro es una parte fundamental de la vida para cualquiera, para el hombre o para la mujer, donde vaya, porque si no tiene plata ¿con qué se va a medicinar?

Yo me considero que soy bien parada, porque en cualquier parte donde voy a trabajar, lo hago porque me encuentro capacitada para hacerlo. Si hay algún trabajo para el que una no tiene preparación, una tiene que decir: "Yo no soy capaz de hacer esto, no voy a poder desempeñarlo, no voy a saber con mi cabeza cómo se hace". Por eso digo que la persona debe estar capacitada, preparada, por lo menos en la parte que más necesita apoyo, en el estudio, en la educación.

Bueno, así vivo: de Sarmiento a Santiago en el invierno y por noviembre me vuelvo a las temporadas, donde haya trabajo. Vivo en el verano aquí con mis padres, y el resto del año en un conventillo por Independencia.

ELSA CASTRO
(1953)

En la vida económica de mi papá y de mi mamá, nunca nos faltó el plato de comida, y creo que tampoco nunca nos faltó algo que ponernos, pero desde que estábamos en el colegio, nosotras teníamos que trabajar. Ibamos con mi papá a la chacra ayudándole a limpiar, a sembrar, después a arrancar porotos, cosechar. Salíamos en la mañana con la hermana mía y nos daban almuerzo, la once, y a veces hasta el desayuno; no llegábamos hasta la tarde. Por eso cuando me casé no sabía muchas cosas de la casa. Era mi mamá la que se quedaba sufriendo ahí, en ese tiempo mi papá trabajaba de maestro, y a veces ganaba algo, a veces no ganaba nada, y entonces mi mamá en la casa no tenía ni un pan para comer.

Día que trabajábamos, nos pagaban al tiro en la tarde. Ibamos al colegio, cortábamos guindas, y con esa plata nos arreglábamos, aunque a veces por trabajar no iba a la escuela. Estudié hasta el 5° no más, porque la vida estaba muy difícil.

Una vez trabajamos con mi hermana allá en Tutuquén, donde mis tías, cuando recién estaba empezando la fábrica de pickles. Hacíamos salsa de ají. Ella le daba vueltas a la máquina –porque en ese tiempo no había máquinas que andan solas– y yo con la mano empujaba el ají. En la no-

che casi nos moríamos del dolor en las manos; un escozor terrible, nos ardía igual que si tuviéramos fuego. Es que no nos daban guantes para trabajar. Y nos daban el sueldo peladito no más, nada de ración. Ni me acuerdo cuánto nos pagarían. ¡Estábamos tan chicas!

Después, cuando ya nos vinimos para acá, había una packard ahí a la salida de la aldea, y yo trabajé en manzanas. Eso fue antes de que me casara. Y de ahí nos íbamos a la vendimia, en la bodega del vino de la viña Las Acacias trabajábamos nosotras. ¡Tomábamos harto vino! Ahí etiquetábamos; una etiquetaba, la otra le ponía el papelito plateado arriba, otra le ponía una cosita que llevan las botellas en la parte del bonete, y otra tenía que lavar las botellas. Yo lavé; se meten las botellas en una máquina, una cosita larga como un soplete que lleva pistones, y ahí se mete la botella; esa máquina está corriendo, y hay que ir dando vueltas la botella con la mano no más, con cuidado, porque cuando uno mete la botella, se le pega y salta.

En la viña todos los sábados nos daban una garrafa; también nos daban una ración, azúcar, porotos y dos galletas. Hacían unas galletas negras, no sé de qué harina serían, o la revolverían con una especie de afrechillo, porque les quedaban bien negras. De la única manera que podíamos comerlas era cuando estaban calentitas, con tomate; cuando está fría, esa galleta es medio ácida, mala.

Cuando tenía 14 años, estuve trabajando de empleada en Santiago, pero no me gustó estar ocupada. Echaba de menos el campo, a mi mamá en la casa, así es que no duré nada, me vine.

Desde entonces, no he parado más, porque me casé y seguí trabajando igual. A los 16 años me casé, en 1969. El

Manuel nunca se ha movido del lado de estos patrones. Siempre ha estado con ellos aquí en Santa Julia, desde chico. Cuando recién nos casamos vivíamos adentro del fundo. Teníamos huerto, chacra, talaje, una vaca, caballo, carretela... Después tuvimos que terminar todo eso, para comprar allá arriba, en Sarmiento. Tenemos una casita de madera, bien enclenque; con el subsidio que vamos a pedir la queremos dejar mejor. Un tiempo vivimos allá y ahora el patrón nos trajo otra vez.

Estamos juntando plata para sacarle agua a la casa, porque cobran como $ 10.000. También tenemos que sacar luz, y eso cuesta caro, como otros $ 10.000. Nadie ocupa la casa ahora; está sola. Cuando esté con agua y luz nos vamos a vivir nosotros.

Por un lado prefiero vivir allá; a los chiquillos la escuela les queda más cerca. Por otro lado, prefiero aquí: es más grande, hay leña, una puede criar sus gallinas, hacer chacra; el sitio en Sarmiento es chico. Además, allá no hay trabajo para la gente; está haciendo mucha falta una fábrica ahí, una cosa grande, porque toda la gente sale a trabajar para afuera. Hay bastante gente en Sarmiento; son dos poblaciones, una que se llama Sarmiento Centro, donde hay propiedades, y más allá hay poblaciones que se están formando, donde vive la gente que trabaja en los fundos.

Yo trabajo todo el año en distintas cosas, y también en la casa. Tenemos huerta; este año sembramos papas, porotos, maíz, cebolla, zapallos que sembró Manuel y los pasmó todos por regarlos muy apegadito a la raíz. Las papas son las que están más bonitas; son a medias, y las sacamos cuando están maduras, para guardarlas. Yo ayudo en la limpia ahí en la chacra, pero ahora no, porque estamos

sacando para la comida. De agosto para adelante ya se empieza la limpieza para sembrar.

Para afuera trabajo en las peras, después hay que cortar uvas, y ya después no hay que parar limpiando porotos.

En las peras este año el trabajo va a durar 23 días. Tenemos que limpiarlas y seleccionarlas. No sé cuánto nos irán a pagar; no nos han dicho, y tampoco nos hacen firmar contrato. Trabajamos en una bodega donde hay como cuatro tableros, y estamos seis en cada tablero. Con las cinco compañeras nos llevamos super bien; la que lleva una cosa, le convida a la otra; si es un pedacito de pan, se reparte entre las seis y lo comemos. Y nos reimos harto, para no aburrirnos.

Ayer las compañeras me celebraron mi cumpleaños —cumplí 29—. Ellas trajeron dos botellas de bebidas y un poco de ron, y yo también tenía un poco de fuerte que le pedí a Manuel. Lo teníamos bien escondido detrás de un cajón, echábamos un poco de fuerte y un buen poco de bebida y lo pasábamos. Ellas se tomaban un poquito no más, y conmigo cargoseaban que tomara, porque era la que estaba de cumpleaños. Así es que como a esa hora de las 4 estaba chamuscada ya.

Somos bien unidas. Hay otras que son envidiosas, no son buenas compañeras. Se supone que donde una trabaja todas somos iguales, deberíamos ser todas buenas compañeras, pero hay bastante desunión. No me lo explico yo, eso es lo que les digo a las compañeras mías. Vienen las compañeras del otro tablero y nos dicen: "¿Por qué ustedes se llevan tan bien, y nosotras nos llevamos tan mal?" "Bueno", les digo yo, "porque nosotras somos unidas; porque desde que empezó el trabajo de la pera nos unimos".

Ahí no trabajamos con los hombres. Ellos traen las peras en el coloso, las bajan, y nosotras las limpiamos. Tampoco ellos saben cuánto les pagan. Ahora se está haciendo así, que no digan cuánto van a pagar. Y nadie pregunta; la gente está tímida, no quiere hablar. Tiene miedo de perder el trabajo; si ahora no hay trabajo.

Casi todas las mujeres que trabajan ahí son de Sarmiento; yo soy la única de este sector. Las otras de por aquí se quedan en la casa. Muchas no trabajan porque tienen quien les ayude, no como una que, si trabaja o no trabaja el marido, no tiene no más. Antes mi mamá me ayudaba muchísimo, pero ahora no está en condiciones para hacerlo; está para que la ayuden a ella. Con la jubilación de mi papá no le alcanza para nada; si es media jubilación la que recibe él.

En las peras, a pesar de que hay que estar parada, no he encontrado que se trabaje mucho. Y como es a trato, cuando necesito llego y falto no más; por ser, cuando llevo a control a los niños. Tenemos derecho a Seguro con la libreta de Manuel; yo nunca he sacado libreta.

Eso sí que no hay que aprovecharse en el trabajo. Por ejemplo, una puede sacar unas dos o tres peras, pero no cinco o seis, porque ahí se dan cuenta. Retan a la gente si las descubren, o las dejan vistas para el otro año y no les dan trabajo. Pero a mí nunca me han dicho nada, porque nunca me aprovecho. Siempre me estoy cuidando de cualquier cosa.

En junio, ya empiezan los trabajos de la viña. Primero podar, después que podan repasan, después amarran. No, primero hacen un trabajo con caballos, después la repasan, después la aran y después amarran. Después de la amarra

viene otra repasada, y ahí viene la desbrotadura. Le echan azufre dos o tres veces, después la riegan. En marzo se corta la uva. Ese es el trabajo más sucio.

Los viñeros son los que trabajan estable ahí; yo he trabajado cortando uva no más, en la viña que era de este fundo y que ahora es de don Sánchez Gato –Sánchez Gato le dicen–, y en otra más arriba también, seis en cada parte. Una tiene que gamelear, cortar la uva. A veces se corta más con la mano que con las tijeras, porque pagan por gamela, no por hilera. Entonces, mientras más gamelas saca una, más gana. Las gamelas se entregan en el coloso, y ahí le dan una ficha.

El año pasado estuve trabajando con los niños, así es que en la pura tirada sacábamos tres fichas, porque íbamos los tres a vaciar uva. También les dan el pan a ellos, o una galleta, y comida. A todos nos dan la comida y el pan. En las peras no dan comida ni ración. Quizás si la estarán avaluando en plata, pero es mejor cuando dan comida y pan, porque ya una no tiene que estar haciéndolos, o hace menos. El año pasado, ahí donde cortamos uva las mismas dueñas hacían la comida; nos daban cazuela y porotos en la mañana, y carbonada y porotos en la tarde. Siempre dos comidas, bien buenas.

Esta corta de uva no va a ser tan sacrificada; el año pasado tuvimos problemas, porque como los hijos eran más chicos, se aburrían y jodían. Ahora están más responsables. En el colegio el chico es bien aplicado; la otra no. No sé si es muy nerviosa, o es que le falla la vista. La llevé al oculista, pero no tuve en todo el año pasado para comprarle lentes. Este año quiero comprárselos.

Después de la uva, voy a limpiar porotos. Esto me

queda cerca. El año pasado sí que la vimos fea; sacamos todo el invierno limpiando porotos, como dos meses y medio. Cuando llovía, si teníamos plata para la micro, íbamos; si no teníamos, no íbamos nada. Y si está frío, se hace fuego y ahí ponemos la tetera y tomamos café, para calentarnos. También manejamos brasas debajo de la mesa, para secar los pies y para el frío.

Pagan bien en el poroto, pero como la plata la íbamos recibiendo de a poco, no sé cuánto será en total. Se trabaja a trato, y no trabajamos el sábado, o hasta las 12 no más. Después de almuerzo lo dejamos para lavar y hacer pan. Este año el domingo me va a tocar duro, porque tengo catecismo y me toca reunión allá en Sarmiento.

En la limpia de poroto no se trabaja mucho, porque una está sentada; lo que más trabaja es la vista. Trabajo con una hermana del Manuel; a ella le va a tocar viajar de Sarmiento este año también. Su marido va a trabajar a la Isla; allá hay perales, manzanales.

A mí me hace bien trabajar; una se acostumbra. Si estoy en la casa, ya pienso y digo: "Si falta algo, cómo lo voy a comprar". Con el sueldo de Manuel no me alcanza, a pesar de que el patrón le paga un poquito más de lo que pagan en otras partes; es bueno él.

Yo pienso que cada día que pasa, los cabros, que ya están en la escuela, necesitan más, así es que tengo que trabajar. Y también, si me quedo en la casa, me toman los nervios, me pongo rabiosa y gritoneo, pienso en lo que va faltando y cómo lo voy a comprar.

Si tuviera lo suficiente, a lo mejor no saldría a trabajar; son las necesidades que la llevan a una, pues. Yo misma, ahora: me falta un tarro para lavar, me falta una olla

grande –sólo tengo esos tachos rotos–, me faltan platos, tazas, cucharas, todas esas cosas. Y uno piensa cómo lo va a comprar. Este mes es el más difícil, porque los cabros tienen que ir al colegio, hay que comprarles desde el zapato para arriba, bolsón, todo. Si no tienen casi nada, no tienen nada.

Me gusta más el trabajo del campo que el de la casa. Una, estando casada, tiene que verse obligada a hacerlo, porque, por ejemplo, no me gusta dejar las cosas cochinas. Es aburrido, todos los días lo mismo, y haciendo todas las cosas; en cambio, en el trabajo afuera una está en una sola cosa. Claro que cuando una no tiene quien le haga nada en la casa, le sale peor, porque tiene que trabajar y hacer las cosas de la casa.

Mi marido me ayuda; sabe hacer pan, la comida; no estando yo, él lo hace. Es un poco palomilla, pero no nos llevamos mal; tampoco me quita el trabajo, ni es celoso.

Los niños también ayudan; ahora que trabajo, dejo hecha la comida en la noche y ellos solos se las arreglan. Cuando estaban más chicos se quedaban con mi mamá, pero ahora ya saben hacer casi todo solos. Me tienen limpiecito en la tarde cuando llego. El Manuel me dice que el chico no lave platos, que no haga las cosas, y yo le digo que no, pues; que tiene que hacer las cosas igual que la hermana. Incluso se cosía hasta los pantalones el chico. Ella calienta la comida y hace ensalada, hacen el aseo, ven los pollos, la chancha que se va al cerro. Tengo como 45 pollos, dos gansos, una chancha para crianza; cuando no tenemos necesidad de venderlos, los comemos. Yo los preparo; aprendí viendo a mi mamá, o yo sola también.

Entrando los niños al colegio –van allá a Sarmiento, en micro se van–, ya se pone fea la cosa, porque ahí tengo

que sacrificarme más yo. Tengo que estar pendiente de que ellos hagan las tareas, que vayan bien limpios, todas esas cosas. No es como ahora, que llego y salgo; sé que en la tarde van a estar aquí y me van a haber hecho algo. Si una no trabaja por trabajar, por andar por ahí dándose gustos; si una trabaja por la necesidad, pues. ¡En una casa se necesitan tantas cosas! No ve que ni ropa tengo. Casi todo lo invierto en la casa. Ahora saqué libreta para que compremos una cama; tenía una no más.

Hay mucha gente vaga que no trabaja, niños, hombres viejos hay por ahí vagando. No es porque no haya trabajo; es que no salen a buscarlo. El trabajo hay que salir a buscarlo, nadie se lo va a venir a dejar a la casa. Y más bien tienen que trabajar ellos, los hombres, porque si trabaja una que es mujer, a veces le pagan poco.

Yo he visto personas que no trabajan, que no se mueven de la casa, que no salen; sale la mujer, o están a costillas del papá, de lo que hay en la casa no más. Si hay, comen; si no hay, no comen nada. Muchas veces no hay trabajo, pero muchas veces hay y no salen a buscar. Pierden la vergüenza totalmente.

A mí lo que me gustaría es que los chiquillos estén grandes y yo descansar. Que ellos fueran otra cosa; que se fueran a la ciudad, que tuvieran una profesión y la ejerzan. Eso es lo bonito, no que una se sacrifique y eso después lo desperdicien, y se den cuenta cuando ya no haya remedio.

Y para mí, tener algún trabajo y estar tranquila en la casa. Si toda la vida no va a ser trabajo; si también la mujer necesita descansar.

ANA CASTRO
(1958)

Me llamo Ana, nací en el Huerto de los Olivos, en Hualañé, el año 1958. Estuvimos viviendo ahí hasta que yo tenía 4 años, más o menos.

En ese tiempo mi papá trabajaba en el fundo Majadilla, como inquilino. De ahí nos vinimos a Tutuquén, donde mi papá tenía tierra; eran varios hermanos, y él tenía su parte de tierra y casa propia. Era una casa de ladrillo, con un sitio de una hectárea, más o menos, y tenían otros pedazos que dedicaban a la pura hortaliza. Plantaban ahí, zanahoria, lechugas, todas esas cosas, y con eso se sostenían durante todo el año.

Ya después tuvimos muchos problemas ¡como éramos tantos! Mis tías se portaban super mal con nosotros; odiaban a mi mamá, le hacían la vida imposible, y debido a eso buscamos para acá, nos vinimos aquí a Santa Julia. Cumplí 7 años en Santa Julia; todas mis hermanas estaban chicas; la menor tenía un año. María, que era la mayor, con Elsa, entraron a trabajar, así es que prácticamente yo era la más grande en la casa.

Ahí fue cuando empezó la enfermedad de mi mamá, y entonces me tocaba a mí hacer el lavado, el almuerzo. Estaba tan chica, que me subía arriba de las sillas para alcanzar las ollas, unas ollas inmensas en que tenía que hacer comida para todos los hermanos. La cocina era de esas a

leña, chimeneas; arriba se hacía el fuego, ahí iban las parrillas y encima las ollas. Como mi mamá estaba en cama, me decía: "Haz tal comida, le echas de esto y esto otro". Me explicaba, y yo hacía todas las instrucciones que me daba. Fueron las primeras explicaciones, porque después hacía todo sola. Casi siempre comíamos porotos. Hacía el pan, también, porque en mi casa siempre se ha hecho el pan amasado. Mi mamá hacía las tortillas en rescoldo, así es que me tocaba hacerlas a mí también. Otras veces mi papá se levantaba como a las cinco de la mañana, a dejarnos el pan hecho, o sopaipillas. A veces pasaba todo quemado mi papá donde a esas horas tan temprano nos dejaba preparado algo.

Y mi mamá seguía enferma; se le pedían médicos y no se mejoraba nunca. Ese año entramos al colegio, la Susana, la Lola y yo. Ellas estaban chiquititas, así es que me tocaba lavarlas, peinarlas, y las traía. Dejábamos a mi mamá sola con la Flora, que era la guagua; se quedaba acostada y no se despegaba del lado de mi mamá.

Los hermanos hombres empezaron a trabajar todos cuando llegamos a Santa Julia; el único que no trabajaba era el menor, que también iba al colegio. Cortaban manzanas, guindas, podaban viñas, arar, regar, sembrar, todas esas cosas. Como mi papá estaba con mis hermanos, le dieron el huerto de la casa, como una cuadra, para que lo sembrara, y parece que también le daban un cuarto de tierra en el fundo, así es que ahí sembraba otro poco. Como éramos tantos, todo lo que cosechaba ahí quedaba para la casa.

Eramos pobres; de Tutuquén nos vinimos tan pobres, y cuando recién llegamos a Santa Julia les pagaban muy poco, algo de $ 200 mensual... eran escudos en esos años. Alcanzaba apurado para comprar la comida. Mis hermanos,

con su trabajo, nos traían la ropa, delantal para el colegio, zapatos. A veces andábamos descalzos. Me acuerdo que tenía como 13 años, y todavía me ponían de esos zapatos plásticos, incluso en el invierno, donde íbamos al colegio, llenos de agua; se me cocían los pies en el verano con el calor. Ya después había unas vecinas, los administradores del fundo del frente, Las Acacias, que nos tomaron mucho cariño y nos regalaban ropa; nos daban ropita, zapatos, vestidos. Esa gente nos ayudó mucho; se portaron muy bien con nosotros. Nos daban comida, de todo.

De chica prácticamente no me quedaba ni tiempo para jugar, porque tenía que hacer todo en la casa cuando llegaba del colegio.

Me acuerdo que, cuando tenía como 9 años, anduvo esa epidemia, la influenza, y nos dio a todas nosotras; como estábamos débiles y chicas, nos dio a todas, a todos en la casa, a mi papá, a mis hermanos. No teníamos quién nos pasara un vaso de agua. Mi papá se levantaba, enfermo como estaba, y nos hacía remedio; tampoco teníamos nadie que nos llevara al médico. El, con puros remedios caseros –hacía unas aguas de yerba dulce con sauce amargo, las raspaduras, para la fiebre– nos fue mejorando.

Mi mamá seguía enferma y nadie se explicaba qué le pasaba. En las noches no dormía, se amanecía lamentando, que no se podía enderezar en la cama, tenía pesadillas, ¡y eran tantos los dolores! Había noches que se despertaba gritando, que veía fuego, que veía gente y quería salir, nos pedía que por favor la levantáramos de la cama y la sacáramos a tomar aire, porque según ella se quemaba. Una noche estaba tan mal, que nos llamó a mis hermanas, a mi papá, a todos –estábamos chiquititas– y les dijo que por

favor se preocuparan de nosotras, porque tal vez no iba a vivir más para cuidarnos. Le pidió a Dios esa noche que para qué tanto sufrimiento: o bien la mejoraba o se la llevaba, pero para qué le iba a dar más sufrimiento.

Al día siguiente, como a las dos de la tarde –era ese mes de febrero–, llegó a la casa una niña con otra señora; pasó a pedir agua y le preguntó a mi hermana por mi mamá. Le dijo que no estaba, y esta niña que por favor, que ella sabe que mi mamá está en casa y viene a verla, que la deje pasar. Mi hermana fue a consultar y mi mamá dijo que bueno. La hizo pasar y nos pidió que la dejáramos sola adentro de la pieza con ella, a puerta cerrada.

Estuvieron como media hora conversando con mi mamá. Cuando salió, pasamos a preguntarle, y mi mamá nos dijo que le pilláramos esa gallina que andaba enferma, porque se la iba a llevar la niña.

–A su mamita le quedan horas de vida no más –nos dijo ella–, pero yo se las voy a mejorar.

Mi mamá nos explicó que esta niña le había dicho que le habían hecho un mal muy grande, que le habían cargado la casa con tierra de cementerio y que el mal caía sobre todos; por eso pasábamos enfermos y la plata que ganaba no se lucía en nada.

Teníamos dos aves en ese entonces, una gallina y una polla guacha. La gallina estaba loca y la otra, la guacha, cuando mi mamá estaba mal, andaba con la cola arrastrándose, y cuando andaba un poquito mejor, la gallina andaba con la cola más levantada. Había una cuna donde dormía la guagua, y ahí se subía la gallina; aleteaba para subirse, porque le costaba mucho. Y mi mamá nos dijo que la niña no le iba a cobrar nada por mejorarla, sino que quería la gallina.

Mi mamá se la dio, y la niña le dijo que al otro día iba a amanecer sana y buena, no le iba a doler ni una uña.

–Esta niña debe estar loca –nos decía mi mamá– si tantos meses que llevo postrada, y me voy a levantar mañana sana y buena. Imposible.

Y sucedió que al otro día, antes de despertarnos, mi mamá se había levantado. Estaba sana y buena, se había mejorado, no sentía un dolor.

Ella nos cuenta que en la noche vino esta niña, se sentó a los pies de la cama y conversó con ella, aunque no puede acordarse de qué conversaron. Y dice que sintió que la gallina aleteaba, igual que cuando se subía a poner. De nosotros, nadie vio a la niña; no golpeó, nadie le abrió la puerta para que entrara, vino como un espíritu.

La niña decía que el mal se lo habían hecho a mi mamá de pura envidia, donde era tan demasiado buena. Y nosotros supimos al tiro quién había sido, porque cuando mi mamá estaba enferma, había una viejuca, andaba chascona y siempre pasaba en la casa, venía todos los días a ver a mi mamá, le daba remedios, y pensamos que esa misma era la que la estaba matando, porque nadie la paraba que una vieja tan inmunda viniera a darle remedios a mi mamá.

Después murió esa viejuca, murió toda corrompida, llena de malezas. Se la comieron las malezas. Cuando la estaban velando, salían los piojos para afuera del ataúd; se le reventó la piojera, llena de maleza, se empezó a corromper, a hacerse hoyos por todo el cuerpo. Tal vez todo lo malo que le hacía a la gente lo pagó antes de morir, porque tuvo una agonía tan fea, se rompió toda.

Mi mamá de ahí siguió bien de salud, empezó a tener aves, a mi papá se le compuso el trabajo, a mis hermanos les empezaron a dar una ración en el fundo. Empezó a ir

bien en los sembrados y ya teníamos de todo. Por supuesto que nosotros pudimos seguir estudiando mucho mejor, ya nos compraban zapatos, todo lo necesario.

Cuando estuvimos más grandecitas, empezamos a ayudarle a mi papá en la tierra. Nos llevaba a limpiar, porque sembraba porotos, papas, maíz, todo eso, así es que cuando ya empezaban las limpias, nos hacía un azadón chiquitito ¡y a limpiar todos! En la mañana nos despertaba como a las seis para salir a limpiar, hasta las diez, hora en que empezaba a hacer calor. En la tarde nos íbamos como a las cinco, y por ahí hasta las ocho, ocho y media limpiando.

Después de las limpias, nos tocaba ralear el maíz. Al sembrarlo, el maíz sale demasiado junto; donde hay dos matas juntas, hay que dejar una, de a una mata en todo el maizal.

Ya después venía el tiempo de la cosecha. Primero que nada nos tocaba arrancar los porotos. Ibamos a las tres de la tarde a arrancar porotos a veces, y como había un río cerca, a cada rato nos tirábamos al agua para que se nos pasara la calor. Y con el traje de baño todo mojado, ¡vamos arrancando porotos! Para nosotros era una felicidad que nos llevara mi papá a limpiar.

Ya arrancados los porotos, la trilla, con el tractor. Andábamos encaramados arriba de los tractores, acostados arriba de los sacos. Lo que más nos gustaba era ir a las trillas, porque hacíamos rucas de paja para meternos adentro, nos poníamos a jugar y darnos vueltas en el aire. Y por ahí ayudábamos a recoger todos los porotitos que quedaban en la era; mi papá nos hacía recoger.

También trillaban con caballos. Eran yeguas las que trillaban, seis yeguas. Mi papá las iba arreando con unos la-

zos de atrás, y daban vuelta toda la era. A veces montábamos arriba.

Mi papá empezó a tener animales, vacas. A mí me tocaba ir a apartar; él me enseñó a lacear; tenía una yegua mansita y me la ensillaba para que yo fuera a buscar los terneros. Las cuatro hermanas chicas partíamos, nos encaramábamos arriba de la yegua y ¡partíamos, miéchica, a unos potreros largos que había, a buscar los terneros!

De primera me costaba cualquier cantidad. Me iba a veces a las tres de la tarde, y recién a las seis laceaba el ternero. Los traíamos, los encerrábamos, les colocábamos unos morrales para que no le mamaran la leche a las vacas. Y al otro día tempranito sacábamos la leche.

Nos reíamos con las chiquillas, porque cuando estaban las vacas recién paridas, había que ir a descargarlas para que a los ocho días estuviera buena ya la leche, y con la Lola nos poníamos una a cada lado de la vaca, y empezábamos a tirar la leche. Había un perro que siempre andaba detrás de nosotras, se colocaba al otro lado, le tirábamos la leche y el perro con el hocico abierto recibiéndola. Con la Lola quedábamos tiesas de leche.

También íbamos a buscarle leña a mi mamá, para cocer el pan. Ibamos al fondo del manzanal; había una corrida de sauces, nos encaramábamos arriba y con un machete cortábamos leña y la llevábamos a la casa.

A pesar de las pobrezas que había, ¡éramos tan felices! Lo que más nos encantaba era pasar metidas en los potreros, montadas en la yegua. Yo iba siempre adelante y las más chicas tomadas de mí, atrás. De repente la yegua se agachaba y yo caía por el cogote; mi hermana más chica se me caía por la cola de la yegua. Era una función subirla arriba y yo subirme de nuevo. Tenía que llevar la yegua a

la orilla de un sauce, subirme arriba y montarme. Ahí llevábamos a las vacas, porque les gustaba mucho comer ramas de sauce.

Teníamos tres vacas, y también traíamos las de mi hermana. El marido de ella tenía tres más, así es que también le apartábamos los terneros a ella.

Mi mamá a veces, asustada, nos salía a buscar, porque no sabía dónde andábamos; llegábamos en la noche a la casa, oscuro y sin comer nada, porque no sentíamos hambre. ¡Felices metidas por ahí!

Había también una chanchera, con chanchas de todos portes. Ahí a mi mamá le daba miedo, porque había unos pozos donde iban echando todo el excremento cuando limpiaban, unos pozos profundos.

—Estas chiquillas capaz que se caigan a esos pozos —decía mi mamá.

Pero nosotros lo que hacíamos era estar arriba de los sauces, haciendo columpios y columpiándonos ahí.

También nos tocaba ir al colegio. Estudiábamos aquí en Sarmiento; queda como a tres kilómetros de Santa Julia. La micro pasaba como a las siete y media de la mañana; en el colegio nos daban leche, almuerzo, salíamos a la una y nos tocaba volver a pie. En el invierno nos dábamos unas mojadas que quedábamos empapadas. Se admiraban las profesoras allá en Sarmiento; nos decían que no fuéramos al colegio lloviendo, pero nosotras no faltábamos ni un día.

Eramos buenas alumnas, a pesar de que mi mamá nunca se preocupó de decirnos: "Niñitas, estudien; hagan las tareas..." Nosotras solitas. Mi papá era el que nos enseñaba a leer; sabe poco leer y veía poco; además un tiempo se le habían quebrado los lentes, le quedaba un puro ojo

del lente, y no teníamos luz todavía. Y así, con una vela y un ojo nos enseñaba a leer las primeras lecciones. Ya después nos aprendíamos el libro de memoria. Así pues, él nos enseñó las primeras letras y en el colegio, excelentes calificaciones. Las profesoras nos adoraban porque éramos tan buenas alumnas.

Cuando estaba en Tercero Básico, me eligieron candidata a reina; salí elegida Dama. Tenía que ir ese día, con un vestido nuevo o algo para presentarme, y no pude, porque no tenía vestido, zapatos. No me dio pena, porque yo sabía que mi mamá no tenía cómo comprarme.

—Mijita —fue lo único que me dijo—, no va a poder ir; usted sabe que no tengo plata para comprarle, y es mejor que no vaya.

Me contaron que fue linda la fiesta, hasta me mostraron las fotos que habían sacado, pero yo estaba conforme, porque sabía que a mí no me podían dar.

En el colegio tuve un profesor jefe de 3° a 7° Básico que me ayudó mucho; lo quería harto yo. También tenía una amiga, Graciela Gamboa, con la que andábamos a todos lados juntas. Y participaba en lo que fuera; lo que más me gustaba eran los sketchs cómicos. Siempre las profesoras me decían que tenía aspiraciones de artista. También me tocaba recitar; nos enseñaban los poemas de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, todos estos poetas.

Después entré a atletismo; yo estaba en el equipo de básquetbol y veníamos a jugar a Curicó. En el año 73 fuimos campeonas de la Región. También corría, en atletismo, los 1.200 m. con obstáculos, la posta y 100 m. Fue una de las experiencias más lindas que tuve. Ahí me olvidaba de mis tristezas, de mis amarguras. Estaba en contacto

con la juventud cristiana, iba a la iglesia, conversaba con los curas, les contaba todo lo de mi casa, de los problemas, y ellos me daban consejos y me daban ánimo, razones para salir de eso aunque estuviéramos hundiéndonos. Hacíamos charlas, salíamos a jornadas, nos llevaban a campamentos.

Eso fue en el 79 más o menos. En cada sector había una comunidad cristiana; a nosotros nos correspondía la comunidad El Boldo. A mí en la Iglesia se me capacitó para ser guía de mi grupo, así es que me tocaba exponer los temas. Hablábamos, por ejemplo, de la adolescencia, del amor; cada uno daba sus opiniones. Después nos reuníamos el día sábado, en la iglesia de San Juan Bautista, en Curicó. Eramos setenta comunidades cristianas de los sectores. Era maravilloso aquello; ¡lo pasábamos a la pinta!

Dos veces por año nos reunían a todas las comunidades, para que nos conociéramos. Eramos más de trescientos; nos presentábamos, nos hacíamos amigos, nos reuníamos a tocar guitarra, tomábamos once, todo el día estábamos ahí.

Después yo pasé al grupo de catequesis, le hacía catecismo a los niños. Y así, esos ratos llenaban parte de mi vida, me hacían olvidarme un poco de todo lo duro de los problemas.

Pensaba que iba a llegar hasta 8° no más, pero en mi casa empezó a arreglarse mucho la situación, así es que pude seguir. Con la Reforma Agraria se arreglaron las cosas; se tomaron los fundos, y ahí donde vivíamos nosotros les fue super bien el primer año. Cosecharon cualquier cantidad de manzanas, salieron bien las siembras, vendieron todo y se repartieron la plata, tocaron buena plata. Mi papá se compró el televisor, comedor con sillas, de todo un

poco, y depositó plata en el Banco. Con eso se compró este sitio.

Estuvo muy buena la manzana ese año; se la vendieron toda a David del Curto, porque era manzana de exportación. Al año siguiente empezó a ponerse más difícil, porque cuando en el Asentamiento la gente empezó a tener plata, se puso floja. No querían trabajar; los únicos que trabajaban eran mis hermanos y mi papá, pero ellos solos no eran capaces de hacer producir el fundo. Los otros se dedicaban a tomar, a llevarse puro andando, y empezaron a dejar la tierra botada. No producía lo que años anteriores. Era tan poca la ganancia, que los dirigentes empezaron a avivarse; a ellos les tocaba retirar la plata, se quedaban con la mitad y a los demás les daban una miseria. Entonces se empezó a poner crítica de nuevo la situación.

Ese primer año de la Reforma Agraria fue que yo salí de Octavo. Mi mamá me había dicho que no seguía estudiando. todos le decían que no me fuera a colocar en el Liceo porque me iba a enamorar, no iba a aprovechar los estudios, iba a perder la plata. La gente del campo cree que porque a los hijos de ellos les pasa algo, a todos les va a pasar igual. Mi mamá se había metido todo eso en la cabeza ya. Yo entonces le conté el problema a mi Directora, ella citó a mi mamá al colegio, habló con ella y la convenció de que me matriculara en el Liceo.

El primer año fue fácil para mí estudiar, porque tenían plata, mi papá me pudo dar. Al año siguiente entró mi otra hermana; íbamos a Curicó, al Politécnico. Y en los veranos trabajábamos las temporadas, en la manzana. Cortábamos, seleccionábamos en la Pakard; también recogíamos porotos y los vendíamos, y juntábamos la plata para cuando entráramos al colegio, comprarnos los libros, cua-

dernos, los uniformes, así es que mi mamá no hacía gastos en eso. Nosotras nos comprábamos todo lo que necesitábamos.

Venía mucha gente de afuera a la cosecha de la manzana; venían de Temuco, de Concepción, de más al sur. Tomaban cuarenta, cincuenta cortadores, sus treinta embaladores y seleccionadores; eran mujeres y hombres, y como ahí se les hacía la comida, se les daba pan, se quedaban a vivir toda la cosecha. Había una bodega aparte donde hacían camas de paja y ahí dormían. Hasta con niños venían. Los hombres también; como la mayoría era del sur, se quedaban a vivir en la misma Pakard durante toda la cosecha.

Cuando terminaba la manzana, se iban a la vendimia; ya terminados los meses, se volvían, se iban a otras partes, donde había nuevo trabajo. Se iban a las limpias de remolacha, todas esas cosas.

Para mí era maravilla que llegaran esos meses de verano. Eramos un grupo, todos iguales, nos tratábamos todos iguales; para cortar nosotras andábamos con escaleras igual que los hombres. A mí y a mis hermanas nos conocían todos, porque mi hermano era el presidente del Asentamiento, otro hermano era el secretario. Y nos respetaban, porque siempre andábamos con ellos o con mi papá. Era gente tranquila. Claro que algunas mujeres que venían de afuera eran bocheras, se ponían a pelear entre ellas, algunas se ponían celosas, que les gustaba uno de los chiquillos y a la otra también, y por ahí se agarraban. La gente seguía trabajando y las dejaban peleando solas.

Nosotras pasábamos metidas entremedio de los hombres, ahí. Ellos empezaban a decir tallas, qué no se decían, porque tú sabes como es el hombre para tratarse. Si a nosotras nos trataban con un disparate, les contestábamos con

lo mismo. Eramos ahombradas. A veces en la Pakard no había cajones y teníamos que esperar sus dos horas que llegaran; entonces nos juntábamos con los hombres puro a contar chistes, metidas en el grupo, hablando de todo.

Cuando llegaban los camiones, nos tocaba descargarlos, bajar las cajas al hombro. Teníamos una fuerza única. Cargábamos al hombro las cajas de manzanas, echándolas arriba del camión, junto con los hombres. Mi hermana, la que está en Santiago, ella llevaba la contabilidad; se subía en lo último arriba de los camiones contando las cajas, y a veces se ponía a pelear con los camioneros, porque querían hacerla lesa. Le decían que iban menos cajas, y ella las había contado y sabía que iban más, así es que meta pelear con los camioneros y a veces con el mismo que compraba la manzana. Era bien alegadora, hasta que ganaba.

¡Era una época tan linda! ¡Eramos tan unidas con los chiquillos!

—Saben, chiquillas —nos decían ellos—, que nosotros encontramos el fin de semana ¡tan largo!

El día sábado en la tarde hacíamos convivencias. Llegaba el ganado y les cambiábamos a los ovejeros manzanas por corderos, nos hacíamos un buen asado, comíamos, bailábamos.

— ¡Es tanto lo que estamos encariñados con la Pakard —nos decían después— que no nos dan deseos de irnos en la tarde!

Cuando terminaba la época de la manzana, estaban viniendo sus dos meses a vernos; decían que no se acostumbraban en el pueblo, acostumbrados a compartir con nosotros.

— ¡Puchas! Ojalá este otro año nos encontremos de

nuevo –nos decían–. ¡Ha sido una experiencia tan linda trabajar con ustedes!

Eramos gente que compartíamos todo, nos respetábamos. Cuando se acababa la temporada, eran puras lamentaciones. Se iba la gente, sentíamos una soledad tan grande. Ya eran sus tres meses que nos habíamos acostumbrado a estar entre sus cien personas, y se iban después todos. Quedaba solo, nos daba pena.

Ya después venía el invierno, pasábamos todo el tiempo en la casa y en el colegio, hasta el año siguiente. La mayoría de las veces volvía la misma gente, pero ya faltaban sus cinco que habían venido antes, ya no venían ese año, y así de a poco iba viniendo gente nueva. Y siempre se iban felices. Nosotras amábamos el trabajo del campo.

Lo que también nos gustaba en la temporada era que, si un fin de semana tocaba quebrar maíz, como los chiquillos eran tan amigos, les decíamos: "Si van a ayudarnos, por supuesto que vamos a terminar rápido, y mi mamá les hace un buen almuerzo".

Iban, partíamos a la chacra, en una hora teníamos toda la cosecha en la casa. Ahí pasaban todo el día, mi mamá les hacía una buena cazuela de ave, compraba por ahí mi papá una garrafa de vino, les dábamos su traguito y comida, y ¡felices! Y nosotras felices también, porque no nos tocaba tanto trabajo. En un ratito sacábamos las papas, el maíz, todo. ¡Y peluseábamos tanto! ¡Si eran días que no los sentíamos!

Eran las puras temporadas de cosecha que compartíamos con gente hombre, porque estábamos trabajando, pero ya después mi mamá no nos dejaba tener un amigo, no se acercaba nadie a la puerta de la casa. Ella se preocupaba

mucho de nosotras. Yo ya tenía veinte años, y para mi mamá no había crecido.

—Mamá, ya crecí, ya soy grande —le decía yo.

—Tú no sabes nada —me contestaba siempre ella.

También cortaba guindas; era de los primeros trabajos que realizábamos, antes de la manzana. Tenían un guindal al lado de donde vivíamos, y como ya nos conocían, nos mandaban a buscar todos los años. Nos pagaban por kilos, así es que ganábamos harto. Nos comprábamos ropa nueva para tener para la Pascua, para el Año Nuevo. El último año que corté guindas fue el 80.

En las manzanas, en las guindas, en todas partes nos pagaban igual que a los hombres. Nos tocaba hacer el mismo trabajo que ellos. Sabes, la mujer en el campo es fuerte, porque se acostumbra a hacer los mismos esfuerzos que el hombre. La mujer en el campo sencillamente te carga un quintal de harina al hombro sin decir ni pío. Con mis hermanas cargábamos sacos de papas al hombro, hasta 50, 60 kilos nos podíamos. De catorce, quince años ya empezábamos a hacer fuerza cargando cajones; teníamos la misma fortaleza que el hombre, por el trabajo, y una ahí va tomando el mismo rumbo de vida de él.

A veces había años en que llegaba Año Nuevo, y no teníamos nada. Me acuerdo que para un Año Nuevo estábamos tan tristes porque mi papá no tenía plata, no teníamos nada que hacer; nos íbamos a acostar temprano, porque a qué nos íbamos a quedar. Ese día nos fuimos como a las cinco de la tarde a limpiar la chacra y llegamos cerca de las doce a la casa. Y por ahí había venido mi hermana casada, había traído unos pollos; mi mamá no quería matar

ninguna de esas aves, porque estaban poniendo, y nos estaba esperando para que nos acostáramos no más. Pero llegaron mis hermanos con mis cuñadas, traían algo y prepararon una comida, comimos, pero no había ánimo de seguir en nada porque no había nada. Como a la una nos íbamos a acostar, cuando empezaron a golpearnos la puerta; era la gente de los alrededores que venían a darnos los abrazos. Nos animaron, nos invitaron a la casa de ellos, ¡y ya pues!

Ese fue el año de mi Licenciatura. Yo había trabajado en la manzana, había juntado y me había comprado zapatos, jumper, blusas, todo para ir a licenciarme. Mi mamá estaba enferma, así es que yo estaba dispuesta a licenciarme sola, porque mi papá tampoco podía ir; estaba regando la siembra. Pasé donde mi hermana a pedirle que fuera, estaba trabajando, tampoco iba a tener permiso. Ese día lloré cualquier cantidad, porque era la única que iba a estar sola.

Llegué al colegio, empezaron la licenciatura, eran como las nueve, y en esto llegó mi mamá con mi papá. Se había levantado ella de la cama y fue.

Mi papá también estuvo bien enfermo. Una vez que estábamos desbrotando la viña, hacía una calor espantosa y le empieza a salir sangre de narices. Se vino a la casa y, cuando llegó, venía bañado en sangre. Mi mamá empezó a ponerle compresas, y nada. Lo llevamos a la posta, y ahí lo único que hicieron fue ponerle unos tapones en las narices. Volvimos a la casa y nos amanecimos con él. A las cinco de la mañana lo llevé con mi hermano otra vez a la posta, y únicamente le pusieron esos tapones de nuevo y nos dijeron que nos fuéramos. No habíamos caminado una cuadra cuando se le pasaron los tapones. Nos devolvimos a la posta. Y sabe, qué les costaba decirnos que no le colocaban

unas inyecciones porque teníamos que comprarlas; las tenían ahí y no se las colocaban porque eran muy caras. Mi hermano se enfureció. Fuimos a la farmacia de turno, las compramos, las llevamos al hospital, y estos brutos le han colocado las inyecciones y lo mandaron para la casa. Por la escalera mi papá venía albo, completamente blanco; vamos llegando abajo, y se nos desmaya. Volvimos con él de nuevo arriba. Mi hermano, enfurecido, fue a hablar con el jefe del hospital. Inmediatamente vino a ver a mi papá, los retó a todos y mandó hospitalizarlo.

El día de visita lo fuimos a ver, y nos encontramos con que lo habían mandado a Talca, en micro, solo. Pudo llegar allá, pero inmediatamente le dio otro derrame. Encima le habían dejado la Libreta del Seguro en el hospital de Curicó. En Talca creyeron que no era asegurado y lo mandaron de nuevo a Curicó, en micro. Llegó al hospital igual que la primera vez. Y ni siquiera nos avisaron.

Creían que tenía una venita rota y le cauterizaron, pero no era eso. Es presión alta. Y mi mamá que se enfermaba al tiro cuando veía a mi papá enfermo, así es que nosotros afligidos por un lado y por otro.

A mí me tocó ver de tan niña todo eso, la pobreza, el sufrimiento de mi mamá, de mi papá; si mi mamá a veces se enfermaba de pura falta de alimentación. Mi hermana se había casado, María estaba en Santiago; ellas no veían realmente lo que pasaba en la casa. Con la Susana, nosotras sufríamos un montón, sentíamos cada lágrima de mi mamá. " ¡Cómo ayudarla!", me decía yo. " ¡Cómo hacer para ayudarla, si no estoy capacitada para trabajar todavía!".

No sabía si irme o no irme. Al final, después que terminé Cuarto, hicimos prácticas y entré a trabajar en un taller de costura en Curicó y también recibía trabajos en la

casa. Todo lo que recibía era para ayudarlos a ellos, pero era tan poco que no podía ayudarlos casi en nada.

Entonces fue que mi mamá vendió las vacas para comprar aquí, establecernos, hacer algo propio donde pudiéramos estar tranquilos, sin preocuparnos todos los días de que nos dijeran: "Ustedes se tienen que ir", y no tuviéramos dónde.

Cuando le devolvieron al dueño del fundo el asentamiento en que vivíamos nosotros, él le dijo a la gente que les daba unos meses de plazo para que se fueran. Mi papá tenía el puro sitio aquí, pero ni un palo como para parar la casa. Por suerte tenía unos ahorritos en el Banco, así es que con eso fue comprando pizarreño, madera. Después vendió toda la siembra de ese año y lo juntó para hacer algo, así es que en pleno invierno paró esta casa. El dueño del fundo le daba los trabajos más crueles y pesados, para que se aburriera y se fuera rápido. Así es que apenas pudo parar la casa, se cambiaron aquí.

La primera vez que vine, tenían todo descubierto, había una pura pieza, sin puertas. Hacía un frío que trasminaba.

Yo sentía que la vida era injusta; a veces lloraba.

—Tú —me dice siempre mi mamá— has sufrido mucho. Te golpeó muy duro la vida. Has visto todo el sufrimiento de nosotros y te hiciste fuerza propia.

A mí no me gustaba que ella me viera llorar, pero estuve con los nervios tomados de tal manera, que no me podían hablar, porque gritaba. Ya después, quizás Dios me dio resignación. Era tan pacífica, tenía una fuerza de voluntad tan grande, que era la única de mis hermanas que no me echaba a morir cuando estaba enferma mi mamá o mi papá, sino que de alguna manera trataba de salir adelante.

Después, de repente explotaba. Eran unos deseos de llorar, una angustia tan grande, que me iba por ahí, me retiraba de la casa y me iba a llorar.

—Por qué Dios es tan injusto —reclamaba yo—. Por qué tantas cosas que nos tienen que pasar a nosotros. Si fuéramos malos, si tuviéramos riquezas, algo, pero no poseemos nada. Por qué entonces la vida es tan injusta con nosotros.

Buscaba solución por todos lados, y sentirse tan angustiada sin poder hacer nada. Cuando mi mamá estaba enferma, yo sabía que ella necesitaba un poco de leche, comer algo para recuperarse, pero mi papá no tenía plata, no tenía cómo darle, no teníamos a quién recurrir, nadie a quien decirle: "Oye, por favor, tú ¿puedes ayudarme? Necesito que me ayudes".

Mi papá trabajó toda la vida, presentó sus papeles para la jubilación y le sale una miseria, $ 1.600.

— ¿Cómo vamos a estar todos en la casa viviendo con $ 1.600? —dije yo. Así es que cuando mi hermano salió del colegio, pensamos salir de la casa, buscar rumbo nuevo, no para nosotros, sino para sacar un poco este peso de encima, esta miseria.

Mi hermano se fue primero; mi mamá estaba enferma, así es que alguien tenía que quedarse en la casa.

—En unos pocos meses más me voy —le dije.

Me sentía tan sola, sin el apoyo de nadie. Mis hermanos hombres fueron muy ingratos. Mi mamá no recibió nada de ellos, aunque tuvieran. Yo le decía siempre: "Como hay un Dios, mamá, yo no le voy a fallar. No puedo fallarle".

Mi hermano se fue en julio, y a los meses, cuando ya

se mejoró mi mamá, por ahí en septiembre, le dije: "Mamá, voy a ir a trabajar a Curicó hasta después del 18, para juntar para irme a Santiago. Es la única forma en que puedo ayudarla".

Así es que entré a trabajar de garzona en una hostería, aquí en Romeral. Tenía que atender las mesas. Cuando fuimos al trato, el caballero me dijo que había más garzonas, que iba a tener mi tiempo libre y todo. Pero no había nadie más, y yo todo el día corriendo para allá y para acá con las bandejas, de noche hasta las tres de la mañana. Venía el puro fin de semana o por el día un rato, a ver a mi mamá.

Después que yo me fui, se enfermó mi papá; es que yo era los ojos de la cara de él, la regalona, era todo.

En la hostería me pagaban $ 2.500, más las propinas y el 10% del garzón. Las propinas eran buenas, pero andaba como sonámbula y corriendo para allá y para acá, desde las siete de la mañana, y habiéndome acostado a las tres. Y un día que me pagaron, sin decirles nada, pesqué la poca ropa que había llevado y me vine. Faltaban poquitos días para el 18, así es que llegué a Curicó, me compré ropa y compré de todo para la casa, dejé la pura plata del pasaje para venirme a Santiago, pasé el 18 en la casa, y el 21 de septiembre del año ante pasado, de 1980, me fui a Santiago.

Cuando llegué, estuve dos días en la casa de mi hermana y entré a trabajar en una casa, de niñera. Tenía que empezar en algo. Mi hermana estaba trabajando en un supermercado, así es que tuvimos suerte. Me tocaron unos patrones super buenos; me daban permiso todas las semanas, el sábado y el domingo, para que viniera donde mis hermanas.

En Santiago yo andaba más perdida que el Teniente

Bello. Mi cuñado me fue a dejar y a buscar al trabajo dos veces. A la tercera me fui sola y me perdí. De vuelta me perdí también; andaba totalmente despistada.

Estuve ahí septiembre, octubre. Me pagaban al mes, $ 4.000; le mandaba la mitad a mi mamá y con la otra me compraba ropa o algo para mí.

Después mi hermana, María, leyó un aviso que necesitaban una niña para coser en un taller; era el 8 de noviembre. Me fui a presentar, y el día lunes empecé a trabajar ahí, primero a trato. Yo no conocía las máquinas industriales, así es que no sacaba mucho al principio. Después ya me fui especializando, aprendiendo de todo un poco. Me fueron tomando confianza y me hicieron un sueldo fijo.

Ya con un sueldo, nos independizamos, con mi hermana empezamos a arrendar una pieza sola en un conventillo por Independencia. Claro que tuvimos cualquier cantidad de problemas; había días enteros que no comíamos, en blanco, porque no nos alcanzaba la plata. Ganaba poco pero me conformaba, porque sabía que estaba adquiriendo conocimientos, y después iba a estar capacitada para trabajar en cualquier otra parte.

Estuve seis meses en ese taller, y ya sabía todo el manejo de una fábrica completa, todo el asunto que fuera en máquinas. Hasta que una señora que había ahí empezó a trabajar en una fábrica de confecciones, y un día me dijo que necesitaban personal y que ella ya había hablado para que yo fuera. Me presenté y me recibieron al tiro. Me dijeron cómo era el trato, lo que iba a ganar. Yo contenta, porque era el doble de donde estaba. Iba a poder ayudar más a mi mamá, pues. Porque hasta el momento, nosotras nunca la desamparamos; siento una obligación moral de ayu-

darlos, porque ellos se sacrificaron por nosotros; se sacaban el pan de la boca para darnos, para los estudios de nosotros, por eso digo que no puedo fallarles. Por último, con lo que nosotras los ayudamos pueden por lo menos tener, no lujos ni cosas materiales, pero una alimentación mejor, que no les falte nada, lo necesario para el vestuario. Así ellos están felices con nosotras; dicen que el día que les fallemos, ellos se van a morir; dicen que jamás pensaron que de las mujeres iban a recibir lo que están recibiendo, después de que mis hermanos hombres jamás les dieron nada.

Quizás Dios a nosotras nos ha ayudado, porque en Santiago la gente siempre nos dice: "Han tenido tanta suerte en trabajar". Yo me fui muy sin trabajo, llevo un año y meses allá, mi hermana ha tenido problemas porque no se ha podido establecer bien, pero creo que yo le atiné al estudiar lo que estudié, porque para mí hay trabajo. Si quedo sin trabajo en algún lado, inmediatamente encuentro en otro. Como ya estoy capacitada para cualquier tipo de trabajo, aunque sea para cortar hilachas, lo hago. Es importante el estudio, saber leer por último, o especializarse aunque sea haciendo un curso rápido. Si uno no tiene el Cuarto Medio, ahora casi en ninguna parte la reciben.

Si no encontrara trabajo en lo que sé, me pongo a trabajar en lo que sea, siendo honrado. Mi mamá me dice: "Mijita, el día que usted se quede sin trabajo, tiene su casa". Claro, tengo mi casa, pero estaría viendo de nuevo aquello, la pobreza; le estaría faltando esa parte de ayuda que yo le mando; me estaría faltando a mí la plata para comprarme lo que necesito. Estoy, en realidad, tan acostumbrada al trabajo, que ya no podría quedarme de brazos cruzados.

Para mí es importante el sueldo, aunque no sea tanto.

Por supuesto uno aspira a ganar más, pero me conformo con que me alcance para ellos. Aunque de primera, cuando estaba en ese taller, mi hermana quedó sin trabajo y yo tenía que pagar el arriendo, mandaba lo que tenía que mandar para mi casa, y hubo meses en que no me compraba ni un pañuelo; no tenía ni zapatos. "Total", decía yo, "ya me irá a ir mejor. No importa que ande con la ropa pobre, pero si me compro un par de zapatos voy a sentirme mal: yo con ropa bonita, y en mi casa ¿como están?".

Para mí es importante que mi papá y mi mamá se sientan apoyados. Ya no se sienten como para decir: "Somos unas personas abandonadas, no tenemos la ayuda de nadie".

En todo esto, me he dedicado poco al amor, al asunto del pololeo. En Santiago pololeaba con un niño militar, del Ejército, pero jubilado, por un accidente que tuvo. Eso llenó parte de mi soledad, de mi vida. No me sentía tan sola ya, pero ese niño es tan raro; nunca he llegado a comprenderlo realmente. Hay meses en que está a la pinta, le baja todo el amor, y de repente es muy problemático.

Yo no sé si de verdad estoy enamorada de él. El año pasado me pidió que nos casáramos y se precipitó, me dio una fecha así de soplete.

—Tú vas a poder seguir trabajando igual —me dijo—; vas a poder seguir ayudando a tu mamá.

—¡Chutas! —dije yo—. No lo conozco bien; si llevamos recién como cuatro meses pololeando, no lo conozco nada. Supongamos que tengo problemas... y para colmo es milico.

De ahí lo he ido conociendo, y en realidad tiene bastantes mañas.

—Necesito conocerte más —le dije—, y que tú me co-

nozcas más a mí también, porque el casamiento no es de un día para otro. No sacamos nada con casarnos hoy si mañana ya vamos a estar separados.

El me reprocha eso; me dice que siempre me ando corriendo. Yo me he hecho análisis y me digo a veces: "¿Lo querré?", porque de repente son tantas las otras preocupaciones, que no pienso para nada en él.

Si yo me casara, seguiría trabajando; es importante que la mujer trabaje, aunque a veces no es tan importante, porque el hombre se aprovecha de eso. Aunque él tenga un sueldo redoblado del que gana la mujer, se aprovecha.

—Si tú estás trabajando —le dice a uno— tienes que aportar también con algo.

En eso uno está de acuerdo, porque si van a formar un hogar, tienen que ayudarse, pero si la mujer trabaja es para cubrir las necesidades de ella. El hombre nunca le va a dar todo lo que la mujer necesita.

Sabes, tengo temor a ese asunto del matrimonio; he visto tantos casos de fracasos.

—Sería lo último que me casara y tuviera un fracaso —me digo yo—; ¡después de todo el calvario que he vivido!

Si no me voy a casar para tener felicidad, es preferible que siga trabajando sola, y darle a mis padres por lo menos una vida tranquila en los días que les queden. Porque para mí lo más importante son ellos. A veces me pregunto cómo voy a seguir viviendo cuando me falten ellos. No voy a tener una razón para seguir luchando.

—Cómo no vas a tener una razón para ti misma —me dicen ellos.

Pero no. A pesar de que llevo tiempo lejos de ellos, me siento segura: sé que los tengo, sé que puedo llegar aquí y verlos. Si ellos faltaran, tendría una casa, pero ya no

sería lo mismo; sería una vida distinta; prácticamente se acabaría el hogar. Faltando ellos, se termina todo esto.

Mi único interés de estar en Santiago es por el trabajo. Pero a uno le cambia la vida allá. A las mujeres que estamos en el campo nos sirve un montón salir de la casa. Mientras uno está ahí, siente que toda la vida es linda; hay penurias, pero está con los papitos, se siente feliz, la vida es color de rosa. A veces uno es un poco caprichosa con los papás; cuando está con ellos, todavía no ha madurado, no sabe lo que es la vida afuera. Con mi hermana salimos de un soplete a enfrentarnos afuera, sin saber siquiera cómo se nos iba a presentar el asunto allá.

La gente del campo que nunca ha salido, se imagina Santiago todo fantástico. Pero una llega allá, y enfrentarse así de repente con una ciudad tan grande, donde una que no conoce nada se siente acorralada... Una no sabe para qué lado darse vuelta, porque se pierde. Entonces ahí ya uno ama la casa, el hogar donde ha estado, y añora la mamá, el papá, reconoce lo que realmente significan. En la casa, si uno tiene un pedazo de pan, lo comparte. Allá, si no tiene, no come no más, pues. Eso le sirve a uno para madurar; con mi hermana éramos infantilísimas a pesar de la edad que teníamos.

Los golpes enseñan a la gente, es verdad de las cosas, porque a nosotras, ¡vaya que nos ha golpeado duro la vida en Santiago! Cuando recién te vas, te enfrentas a los abusos, porque la gente huele que tú vas del campo; entonces se aprovechan. No puedes comparar a las amigas que haces allá con las de acá. Ya te empiezan a invitar a fiestecitas, te presentan un amiguito, esto aquí y allá. De primera es todo normal, y de repente te ves metida en un lío. Nos pasó con

mi hermana; nos presentaron a jovencitos, nos invitaban a fiestecitas, ¡y veíamos cada cosa! Por suerte mi mamá nos estuvo siempre aconsejando, nos estuvo explicando lo que era la vida, y eso nos sirvió, porque sabíamos lo que realmente hacían las otras, y sabíamos que nosotras no lo podíamos hacer.

Muchas de las niñas que se van del campo, se van a la perdición. Caen con esa gente, con las amigas que las llevan a mal camino. Yo tengo que agradecer a mi mamá todos los días. Me retaba, me insultaba, yo me sentía mal estando con ellos, a veces deseaba irme por las cosas que me decían, pero ahora las agradezco, porque gracias a eso hemos podido enfrentar todo.

Con mi hermana nos retiramos al tiro de todas las amigas que tratamos de hacer. Eran de esas niñas que, si tú no ibas con el amigo que te presentaban, " ¡que esta huasa tal por cual, ésta es del campo...!" ¡Cuántos insultos nos llevamos! Cualquiera nos decía "huasa bruta" o "campesina".

—Estamos orgullosas de ser huasas, de ser campesinas —les decíamos, pero nos daba un poco de cólera. Aunque en el fondo no me importaba, porque sabía que no estaba llevando el tipo de vida que ellas.

—Para ti —les decía yo—, mientras tengas juventud, la vida te será color de rosa, pero va a llegar el día más adelante y entonces vas a decir: "¿Qué hice con mi vida?".

Había amigas que a veces se nos presentaban y nos decían: "Oye, con ese físico que tienes, con ese cuerpo, te presento un viejo con plata, le sacas cualquier cantidad de plata al viejo; te da casa, te da todo, tonta; no tienes para qué trabajar".

¡Imagínate! De qué vale esa plata sucia, si vas a tener

un hijo y los hijos te lo van a estar echando en cara. Así, una misma va a poder decir más adelante: "Yo llevé esta vida; no lo pasé a la pinta, pero hice algo lindo de mi vida, no la corrompí".

Por la vida que llevamos con mi hermana, por la crianza que nos dieron, pensamos que la pureza de la mujer es importante. Pero ahora en general no tiene importancia eso, no significa nada. Con mi hermana, ¡cuántas veces nos dijeron que éramos mariconas!

Tal vez preferiría casarme con un campesino. Claro que, si uno se va a casar con uno del campo, de nuevo va a empezar la pobreza. Y de por sí la mujer en el campo tiene que ayudar al hombre. Claro que ahí lo que uno produce con el marido sería tanto para mí como para él. El chiquillo del campo, si trabaja, todo se lo da a la mujer, aunque trabajen los dos, y ambos comparten lo que tienen. Aunque se saquen la porquería los dos, hacen algo bonito, no lo desperdician. Una va más segura a no fracasar con un marido del campo. Son mejores maridos, aunque hagan trabajar a la mujer. Por lo menos te tratan de tener lo necesario; la comida no te va a faltar jamás. Si tienes un pedacito de tierra, lo siembras y sacas lo que puedas. Y está la crianza del chancho, las gallinas, todo se recoge ahí mismo.

Por supuesto, si tienes un pedacito de tierra, el marido me diría: "Voy a sembrar; tú te casaste conmigo, así es que tienes que ayudarme a limpiar, a cosechar". Y si me lo dice, voy a tener que hacerlo, porque así es la tradición del campo. Si no, me va a decir: "¡Chist! La señora con que me casé, ¡más floja! Le gusta llevarse en la cama". La vida del campo es así: la mujer le ayuda al hombre.

Claro que ahora el trabajo que más realiza la mujer es en las frutas; ya no es tanto en el campo, porque como ya

se terminó el asunto de la Reforma Agraria y devolvieron los fundos, la mayoría de los campesinos trabaja apatronado; ya no tiene la tierra que antes sembraba libremente. Le trabaja al patrón no más.

Mi papá, por lo menos, aquí en el sitio sembró este año; sembró porotos, maíz, cebollas, las cosas más necesarias para la casa. Claro que mi hermana, la Lola, hizo todo. Ella limpiaba con mi mamá, regaban, y todo lo recogieron también, pero ya no va quedando porque todo se ha ido gastando en la casa.

La vida en el campo tal vez sea un poco brusca para la mujer, por el trabajo, pero es una vida tranquila, una vida limpia. Allá es la bulla, el agitamiento de ir y venir. Aquí, los pájaros son lo único que se siente. En el campo lo más duro es el invierno; es crudo, por eso el campesino aprovecha el tiempo de verano, la época en que puede cosechar y ganar, y con eso se cubre para el invierno. Es muy poco lo que vende, porque todo lo deja para la casa.

La mujer aprovecha bien el invierno para quedarse en la casa; con el verano se compra todo lo necesario, el vestuario, que es lo más importante para ella. Nosotras, cuando trabajamos en las frutas la época del verano, nos compramos sus tres pares de zapatos, chombas, pantalones, quedamos con harta ropa para abrigarnos bien en el invierno, y ya tenemos para todo el año, hasta el año que viene.

En los meses de lluvia, no se puede hacer nada. Una pasa encerrada, a la orilla del brasero tomando mate no más, haciendo sopaipillas. A mí me gustaba el invierno a veces. A las siete estábamos todos acostados. ¡Si llueve tanto, y afuera el barro que no te atreves ni a salir a la puerta de la casa, porque sientes terror al barro y la lluvia! Así que una pasa encerradita a la orilla de un brasero, se

teje, si hay que coser, se cose, y haciendo las cosas de la casa.

Eso sí que el hombre, ahí, tiene todas las garantías. Eso es un poco injusto, porque la mujer, aunque trabaje en el campo, se saque la porquería, hace las cosas en la casa. Que lava, que plancha, que tiene que hacer comida, todo el asunto. El hombre no, pues. El hombre de campo llega, cansado, viejo, qué sé yo; tienes que darle la comida, servirle, la ropita planchada, lavada. El no hace nada, ni aunque la mujer esté enferma. El hombre no está capacitado ni para hacer un plato de comida. Por lo menos tendría que realizar el trabajo que hace la mujer, porque no sabe las circunstancias de la vida. Si la esposa cae enferma y él no sabe hacer nada, no va a poder preparar nada para él ni para la mujer. Y si tiene niños, cómo va a poder preocuparse de ellos si no sabe hacer nada. El hombre debería saber hacer las cosas que hace la mujer, lavar, planchar, cocinar y saberlo hacer bien, porque no todo le puede tocar a ella. Las mujeres somos quemaditas, nos toca todo el asunto.

Cuando una pareja se une, desde un comienzo deberían ponerse de acuerdo. Debería decirle la mujer al hombre: "Mira, me caso contigo, pero tú me vas a ayudar; ambos nos vamos a ayudar. Si yo cocino, tú vas a cocinar; si yo lavo, tú vas a lavar, y ambos vamos a hacer lo mismo. Si yo estoy enferma, entonces tú vas a estar capacitado para que realices las tareas que yo hago y la casa no quede en banda".

Las mamás deberían enseñarle al niño hombre, desde chico, a realizar las tareas de una casa, igual como le ha enseñado a la mujer. Así la esposa no tendría que decírselo cuando grande. Pero todavía queda gente que conserva la tradición y dice: "El niño hombre tiene que ser todo servi-

do". Aunque debe haber bastante gente hoy en día que piensa como yo; tenemos que ponernos en el presente, en la vida que estamos viviendo; no podemos volvernos atrás, al pasado de antes; tenemos que civilizarnos, y así como las mujeres nos sacrificamos, por qué el hombre no va a poder sacrificarse. Tenemos que ser ambos iguales; aunque nunca vamos a ser iguales, por lo menos en partecita que no le toque a la mujer llevarse todo el peso. Que después de sacarse la porquería limpiando o arrancando porotos, no le toque llegar a la casa y hacer sola todo lo que la espera de nuevo. Así sería un alivio para los dos; ya no sería pesado ni para ella ni para él.

En el campo hay muchas mujeres que se enferman de los nervios por el exceso de trabajo, porque no les alcanza realmente el tiempo. No poseen tanta fuerza para realizar tanta cosa. El marido la saca en la mañana para irle a ayudar al campo; si tiene niños, se los va a tener que cuidar la vecina por un día o dos; ya después tiene que llevárselos con ella. Y va a estar pensando: "Tengo que llegar a la casa a hacer aseo, tengo que planchar, tengo que lavar, tengo que hacer almuerzo. ¡Puchas! Voy a llegar a la noche ¿voy a alcanzar a hacer todo esto, si sé que lo tengo que hacer sola?". Esa es la tensión que empieza a tomar la mujer, el nerviosismo. Y ahí le van a empezar los problemas con el marido, porque le va a decir: "Tú me llevas a hacer de todo en el campo, y a mí no me queda tiempo para hacer esto y esto otro". Si se unieran el hombre con la mujer para realizar las mismas tareas, no habría tantos fracasos como los que hay, serían más unidos.

INDICE

	Pág.
Presentación	5
Mercedes Cabrera (1920)	11
María Castro (1945)	33
Elsa Castro (1953)	65
Ana Castro (1958)	77

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS
BL
Ca
22 SET. 1986
D
Co
SECC. CHILENA

FRANCISCA HNOS. y CIA. LTDA. – CORONEL ALVARADO 2602 – SANTIAGO